

La Espera

11 Noviembre 1916

Año III.—Núm. 150

ILUSTRACION MUNDIAL



CAMARA FOTO

RETRATO DE UN JOVEN, cuadro de Rafael.—(Palacio Pitti, Florencia)

DE LA VIDA QUE PASA

LA GUERRA DE IDEAS

KANT
Insigne filósofo alemán

SE ha dicho frecuentemente que la actual es una guerra de ideas. No me parece exacto. Es una guerra de poderes que pelean por el poder supremo. Alemania se lanzó á la lucha para alcanzar la hegemonía. Los aliados están luchando para evitar que Alemania realice su voluntad de hegemonía. A la hegemonía va aneja la capacidad de imponer las propias ideas por medio de la fuerza, en cuanto ello es posible. Los pensadores y escritores de los aliados combaten también las ideas que en Alemania prevalecen. Pero esta es otra guerra que tiene poco que ver con la otra. Es una guerra paralela, si se quiere, pero distinta á la fundamental. Otros pueblos, con otras ideas: Asiria, Persia, Atenas, Cartago, Roma, la Alemania medieval, España, la Francia de Luis XIV y de Napoleón, han aspirado también á la hegemonía. La aspiración á la hegemonía es razón suficiente para una guerra mundial. ¿Para qué complicar y obscurecer las cosas diciendo que es ésta una guerra de ideas?

Pero también se está librando, junto á la de los soldados, una guerra de ideas. Pudo haberse librado en tiempos de paz; el hecho es que se está librando ahora. En esta guerra, el Estado Mayor lo constituye un grupo de intelectuales franceses. Después de los franceses, quizás sean los profesores norteamericanos, ó quizás los ingleses, los que afinan mejor la puntería. También los italianos y los rusos intervienen en el combate. También los escandinavos y los holandeses. Muchos intelectuales de países neutrales han unido su voz al coro de anatemas. Pero los que apuntan mejor son los franceses. Os he hablado ya de Emilio Boutroux; hoy os hablaré de Pedro Lasserre.

El ataque de Lasserre es frontal, se dirige nada menos que á Kant. Lasserre conoce á Kant; sabe que era un sabio, que se sabía sus matemáticas, su física y su geografía. No como Fichte, como Schelling ó como Hegel, que carecían de conocimientos prácticos de una ciencia ó de un arte, y que no eran más que encyclopedias hervidas en retórica. Y, sin embargo, ataca á Kant, porque de Kant salió el principio que luego, en manos de Fichte, Schelling y Hegel, sirvió para que las Universidades alemanas confundieran las nociones elementales del mal y del bien.

Todos los extravíos característicos de la mentalidad alemana se derivan de haber aceptado el error kantiano que divinizaba la conciencia del

hombre. Puede decirse que antes de Kant los pensadores se dividían en dos grupos, los religiosos y los no religiosos. Los religiosos creemos que además de los mundos de la materia y de la vida existe una realidad eterna y absoluta, á la que podemos llamar Bien. Los descreídos niegan la existencia de toda otra substancia que no sea las substancias inorgánicas ó orgánicas de que tenemos ó tendremos noticia.

Colocado ante esta antinomia, Kant se encuentra con que no es científico postular la existencia de substancias que se sustraen á la investigación; de otra parte, es indiscutible que los hombres hablamos del bien y del mal como si existieran realmente. La ciencia no puede hallar el Bien con sus telescopios y microscopios; los hombres, en cambio, lo damos por hallado. La solución que Kant encuentra á esta perplejidad, muy complicada en la exposición, es muy sencilla en el fondo. El Bien, nos dice, no está fuera, sino dentro de nosotros. Está en la conciencia; es la conciencia.

No dice Kant que el hombre se halle en comunicación distante con el Bien. Tampoco que nuestra alma se halle tocada por un rayo que del Bien emana y que se mezcla con los elementos perecederos de nuestro ser. Si hubiera dicho esto habría seguido las doctrinas de Platón y de la tradición cristiana. Esto no lo dice Kant, porque equivaldría á reconocer la existencia de un mundo metafísico, cuya transcendencia nos lo hace incognoscible. Lo que Kant dice es que lo absoluto, el noumenón, está en nosotros mismos. La conciencia es su templo y su cielo. Tiene por expresión la ley del Deber ó imperativo catagógico. Se nos revela por un mandato que no tiene otra causa superior á sí mismo. Y como esto es lo que caracteriza los mandamientos de Dios, de la filosofía kantiana se deduce que la conciencia es Dios.

Las consecuencias de esta divinización de la conciencia humana son gravísimas. Para los que creemos que el Bien es ajeno á nosotros, aunque nosotros seamos capaces de realizarlo, el deber consiste en una relación positiva de nosotros hacia el Bien. «Ama á Dios sobre todas las cosas y á tu prójimo como á ti mismo.» Nuestra naturaleza siente atracciones tanto del Bien como del Mal. Nuestra educación, inspirada por la religión, la tradición, la experiencia, la moral y el sentido común, debe fortalecer nuestra tendencia hacia el Bien. La disciplina de la infancia, con sus premios y castigos y con suapelación á los senti-

mentos, á la razón, al miedo y al honor, debe crear el hábito de preferir el Bien. El deber concreto en cada caso depende de la totalidad de nuestras relaciones hacia la Divinidad, los semejantes, la nación y nosotros mismos.

Pero Kant aisla el deber y lo coloca encima de todo, como el único punto fijo en un mundo en que todo es movimiento. Ello nos hace prescindir de toda clase de contingencias al investigar dónde está nuestro deber. Más aún. Kant nos dice que sólo es buena la acción autónoma, es decir, aquella que se ha realizado puramente por motivos de deber, y niega la bondad de todas las acciones que no sean autónomas. Recordemos ahora que el deber para Kant es la expresión de la conciencia. ¿Qué resultará de este concepto del deber? Que la virtud no será más que el orgullo del hombre que sólo se oye á sí mismo—y no hay peor vicio que éste—ó que prescindamos de todas nuestras obligaciones positivas hacia los demás hombres.

El buen kantiano, en suma, cerrará los ojos á cuanto digan la historia, el clasicismo, los buenos ejemplos y el consejo de la experiencia, y no hará sino lo que su razón le dicte. Su razón es infalible y absoluta.

Pero la razón no es más que uno de los elementos de la conciencia humana. ¿Por qué ha de divinizarse la razón y no la intuición ó el sentimiento? Los románticos alemanes que suceden á Kant protestan contra la divinización de la razón. Fichte, el primero, diviniza al Yo, á todo el yo, y no sólo al yo racional. Otros románticos divinizan la pasión impetuosa; otros, la contemplación inactiva. Al influjo de la guerra contra Napoleón, Fichte llega á decir que lo que es divino en un alemán es lo que tiene de alemán, con exclusión de todo el resto.

Schleiermacher había dicho antes (véase la Apología con que comienza sus «Discursos sobre la religión») que la religión verdadera sólo puede ser comprendida y sentida por los alemanes; especialmente es un libro sellado para los ingleses, á causa de su codicia, y para los franceses, á causa de su frivolidad.

De esto al espectáculo de una Alemania que se adora á sí misma y que es, á la vez, deidad, altar, sacerdote y feligrés, no hay más que un paso.

LA ESFERA

PANORAMAS EXTRANJEROS



CAMARA

ANTIGUA Y VALIOSA OBRA ESCULTÓRICA, DE AUTOR DESCONOCIDO, EXISTENTE EN LA ISLA DE SAN VIRGILIO
(SUIZA ITALIANA)

FOT. G. A. WEIL II

EL ESCENARIO DE "MARIANELA"

CON un trazo seguro y firme pinta el maestro Galdós, en la primera página de su libro, la tierra que pisa Teodoro Golín en busca de las minas de Socartes. El viajero camina por la angosta vereda abierta sobre el césped de un cerro en cuyas vertientes se alzan pintorescos grupos de hayas, guindos y robles. Ya puede, con razón, asegurar el maestro que está el lector en el Norte de España.

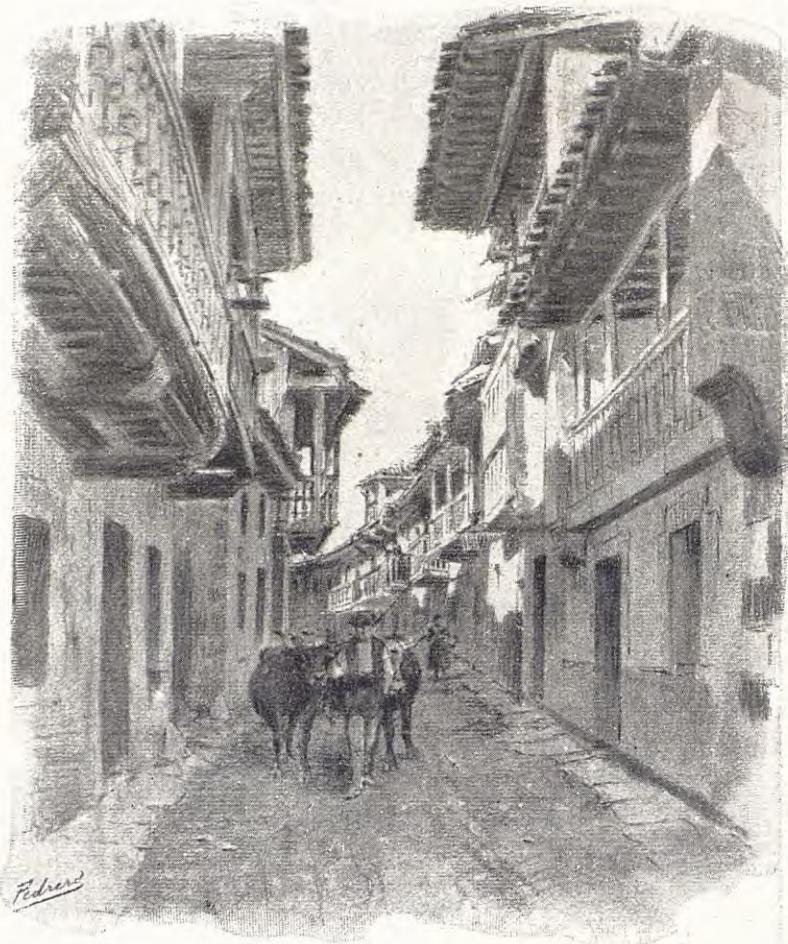
Luego, ya adelantada la novela y delineada vigorosamente la figura deforme de Marianela, el lector entra en Aldeacorba y en Socartes, viendo la vivienda infanzona con «portalada» de ancho y orgulloso escudo de piedra y atravesando la explotación minera donde todo es rojo, la tierra, el agua, las casas y los hombres. Entonces, sin que el libro lo diga, puede afirmarse que el lector se encuentra en el corazón de la montaña santanderina.

Los que saliendo de Madrid quisieran sentir la emoción de contemplar el escenario de *Marianela*, dejarán el tren en Torrelavega, el solar de Garcilaso, que pudiera ser la *Villamojada* de la novela galdosiana. No muy lejos de la que es hoy ciudad alegre y bulliciosa, están los escenarios de otros libros famosos: el *Cumbrals y Rinconeda* de *El sabor de la tierruca*, que son dos barrios de Polanco, pueblo-cuna de Pereda, y el *Robleces de La Puchera*, que es Suances, donde dicen que se alza el ruinoso torreón que inspiró a Núñez de Arce las décimas de *El Vértigo*. Ambos escenarios de las novelas peredianas están separados por la *ría de la Arcillosa*, que es en la realidad la de Requejada. María Manuela Téllez nació, pues, en un suelo propicio á todas las emociones del arte.

A corta jornada de Torrelavega hallanse Riocorbo y Cartes, escenario de *Marianela*. Riocorbo tiene unas casas blasonadas, cuyas piedras han ido tostando el tiempo hasta darles aspecto de venerable vejez. Es un pueblo abierto á plena luz, arrullado constantemente por un rumor de aguas cantarinas y frescas. Durante muchos años, vivió tranquilo en su sosiego campesino; pero descubiertos en las entrañas de su suelo los fecundos criaderos de mineral, la expropiación fué mermando su caserío y el barreno y el pico desgarraron la tierra para arrancarle el oculto tesoro.

Poco más allá está Cartes, el *Socartes* minero de *Marianela* y Celián. Y también Reocin y Mercadal y Urdías y otros pueblos abarcados por las pertenencias que explota desde hace muchos años la Real Compañía Asturiana. En todos estos pueblos, la tierra es roja, como si al herirla hubieran roto la red de sus arterias; los hombres son también rojos, como bloques de mineral, y el agua corre tumultuosa y sangrienta después de ser fuerza en los lavaderos donde atrae un ruido de vagones y cadenas.

Cartes tiene el mismo aspecto de Santillana. Bajo la luna, adquiere igual semblante de torvedad y vetusted y sus casas sombrías y arrugadas parecen sostenerse por un milagro de equilibrio. Tiene un histórico to-



Calle única de la villa de Cartes



Lavaderos de calamina en las minas de Cartes

treón, que fué antaño fortaleza de los Manriques en sus luchas con los Mendozas, y sus paredes verdinegras en cuyas hendiduras nacen plantas parasitarias, son una adusta reliquia de los siglos heroicos.

La carretera que va á Asturias ha partido en dos el trencón de los Manriques y forma con las nobles casas infanzonas una calle estrecha y obscura, donde la luz tiene siempre resplandores de sol de Otoño. A ambos lados y en todas las fachadas campean los escudos graníticos y se abren los volados balcones de madera donde se secan las rubias mazorcas del maíz. Hay siempre un silencio de cementerio ó de claustro, como si la vida hubiera enmudecido de pronto. Y arriba, los tejados parecen acercarse lentamente para acabar de formar un túnel que oculte por entero el pedazo de cielo que los ojos descubren como un jirón azul.

Hace más de media centuria que se trabaja en las minas de Reocin y de Cartes. Dicen que en las explotaciones de Reocin se han encontrado monedas, candiles de barro y otros objetos de la dominación romana. Dicen también que fueron descubiertas profundas galerías en las que el roble utilizado para la entivación se había impregnado de la tinta que forma el tanino de la madera y el óxido de hierro, de donde proceden ciertos basto-

nes finos y negros que parecen de ébano. Lo que se da por cosa averiguada, es que las galerías fueron abiertas en los primeros siglos de la Era Cristiana.

Grandes pedazos de este suelo, ya descubierto y explotado, presentan monstruosos desgarrones y gigantescas piedras que parecen enormes dientes descarnados. Allí vivió la pobre niña que se llamó Nela, María ó Marianela, hasta que después de enterrada pudo llamarse María Manuela Téllez y tuvo nombre en los polvorientos archivos de la muerte. Es de la misma tierra de Sotileza, hermana suya en desventura y en desamor. Una es hija de la tierra y otra es hija del mar. Las dos están unidas en la inmortalidad y tienen un altar levantado en cada devoto del arte. Cuando alguno de estos pasa por Socartes y Aldeacorba, su recuerdo es como una flor sobre el mármol que cubrió el cuerpo de Marianela, la triste que no sirvió en el mundo para nada.

JOSÉ MONTERO

DIBUJOS DE PEDRERO



Entrada á la villa.—Restos de un torreón



CAMARA E.P.

NOCHE DE ESTÍO

A la luz de la Luna se divisa
el mar Mediterráneo; leda brisa
del mar la/ino sopla;
una vibrante copla
de amor y paz resuena
en la noche sereina:
la entona el rudo labrador que trilla...
¡Oh, canción melancólica y moruna,
si dulce cuando el Sol ardiente brilla,
más dulce á los fulgores de la Luna!
Mi esposa está en mi pecho reclinada,
bajo el dosel de nívea enredadera

de jazmines que urdió la primavera...
La Luna virginal y nacarada
esconde ya su lumbre
tras la vecina y peñascosa cumbre;
en la silente noche se ha perdido
la campestre canción
como el triste quejido
de un pobre corazón;
y percibimos ambos en la calma
nocturna, al titilar de las estrellas,
el anhelo del alma
de fundirse en la luz de todas ellas,

en la luz eterna,
en el inmenso ardor
del mundo sideral
por obra y gracia del divino amor.
¡Silencio, que mi esposa está dormida
y en la noche serena
es flébil azucena
del jardín de la Luna desprendida
para calmar la pena
del vivir sin amor, que nunca es vida!

Francisco DE IRACHETA
DIBUJO DE R. VERDUGO LANDI

NUESTRAS VISITAS

MARÍA PALOU

Me perdonan la espera?...
—¡Oh, Marfa!... Fué corta, y además todas las esperas fuesen tan bien recompensadas como ésta...

—Es usted muy galante, *Caballero Audaz*.
—En este caso no; soy muy sincero, nada más.

—Mil gracias.

Y la preciosa artista hizo un gracioso mohín de agradoamiento y se dejó caer sobre el sofá, con la serena elegancia de un maniquí de Paquin.

He dicho «preciosa» y no es precisamente éste el adjetivo que mejor define el rostro de María Palou. Es una belleza original que parece el símbolo de una tierra, de un sol y de una raza: Andalucía. Todo en ella es andalucísimo: sus cabellos, negros como la endrina; su tez morena, de palidez mate; su cuerpo gentil y cimbriante, lleno de gracia y de dulce abandono; su conversación ágil y alegre, como la de una *morisita* de los Quintero, y sus ojos...

¡Oh, sus grandes ojos negros!... Tienen en su mirada la misma intensidad apasionadísima y trágica, soñadora y triste, que las mujeres de Romero de Torres; si, María parece escapada de un lienzo del notable pintor cordobés... Su rostro habla de quereres, de celos, de coplas, de jazmines, de cautiverio, de harén...

Muy elegantemente vestida, con un sencillo traje de sastre color ladrillo, adornado con marcas cibelinas. También sus medias de torzal eran color ladrillo...

Permaneció un momento con las largas y pulidas manos cruzadas sobre el regazo esperando mis preguntas, al mismo tiempo que con sus ojos quería auscultar mis intenciones.

Estaba un poco temerosa de las naturales indiscreciones del periodista...

—¿Por qué está usted inquieta, María?

—Le tengo á usted un poquitín de miedo. Una noche me dijo usted...

Y me recordó una broma que en el salón del Infanta Isabel le gasté una noche.

—¡Bah!... Aquello fué dicho en un momento de buen humor. Usted debe estar tranquila ante mí y ante todos los periodistas, porque es usted una gran actriz, una artista extraordinaria y todos hemos de hacerla justicia.

Sin embargo de oír estas palabras, dichas con absoluta sinceridad, María continuaba muy alter-

ta y muy inquieta. Yo os confieso que á mí estas intranquilidades de los *pacientes* me hacen gozar mucho.

Y empecé:

—Hábleme usted de su niñez, María... De pequeña, ¿qué juegos prefería usted?

—¡Oh!, los que prefieren todas las niñas: mis muñecas.

—¿En Sevilla? ¿En la Sevilla mora y bizarra?

—En Sevilla naci, pero los primeros años de mi vida los pasé viajando con mis padres.

—Sus papás de usted ¿eran?...

—Artistas de ópera: tiple mi madre y barítono mi padre.

—¿Sevillanos también?

—Mi padre catalán y mi madre sevillana. Allá por América hicieron grandes negocios y consiguieron reunir una fuerte fortuna; pero vino uno malo y todo se lo llevó la trampa.

—¿En dónde se educó usted?

—Estuve seis años en Méjico en un colegio francés. Al poco tiempo de abandonarlo, sentí vehementes deseos de dedicarme al teatro. Allí, dadas las relaciones que teníamos con toda la buena sociedad, no era posible, pues, ya sabe usted, que resulta mal visto, y entonces decidimos venir á España.

—¿En dónde debutó usted?

—En los Campos Elíseos de Bilbao.

—¿Con qué obra?

—Con *El cabo primero*.

—¿Por qué escogió usted esta zarzuela?

—¡Phs! ¡Qué sé yo! Porque me estaba bien y porque se hacía mucho entonces.

—¿Recuerda usted la emoción que experimentó al salir á escena por primera vez?

—La recuerdo... Ya lo creo; está tangible en

mi imaginación igual que un sobre relieve; pero no sé explicarla. Tenía miedo y no tenía miedo: era una especie de aturdimiento que subió de punto con las ovaciones del público... ¡Eso es: un aturdimiento! ¡No se me olvidará jamás!... ¡Qué momentos aquéllos!...

Y las apasionadas y negras pupilas de María quedaron un momento quietas y fijas, como si volvieran á mirar al pasado.

—¿Y después de este día? —la pregunté, interrumpiendo su dulce rememorar.

—Después... —exclamó como volviendo de un sueño—. Pues, después, anduve por provincias un año, hasta que vine á Madrid, al teatro Cómico, en donde era empresa la López Martínez, y debuté con *El arte de ser bonita*.

—¿Con éxito?

—Con mucho éxito. Tan es así, que en seguida me contrató Apolo, que entonces, como recordará usted, era la *Catedral* del género chico, y en su escenario se consagraban las artistas... Bueno, pues sentí allí *mis réales* y estuve seis años.

—Entonces ¿Apolo será el teatro que usted más quiera?

—En efecto; es al que conservo más



CAMARA-ETON

LA ESFERA

cariño... Allí me hice artista y allí tuve mis primeros éxitos.

—¿Cómo nació en usted la idea de cambiar de género?

—Mire usted: antes de estrenar *La suerte de Isabelita*, Yáñez me había hecho proposiciones para ir á Lara; después de esta obra, la prensa, los autores y el público me decidieron á dejar el género chico.

—¿Y está usted satisfecha?

—¡Ya lo creo!... En el género dramático los éxitos halagan más, inmensamente más, porque es otro arte.

—¿En qué obra tuvo usted su primer triunfo dramático?

—En *Celia en los infiernos*; por eso quiero tanto á esta comedia.

—¿Es su preferida?

—No; no tengo preferencia hasta ahora por ninguna obra ni por ningún autor.

—Veo que es usted muy discreta; no quiere dejar descontento á nadie.

Ella rechazó rápida:

—No; de verdad. Muchos autores y muchas obras me han proporcionado éxitos análogos. ¿Por quién, pues, iba á tener esta preferencia?

—Los Quintero, por ejemplo, pueden ser los autores que más se amolden á su espíritu—insinué malicioso.

—¿Más? No...—desechó con augusta serenidad—, igual que otros. Sí, quiero á todos los autores porque todos han contribuido á mis éxitos.

—¿Cuál es el éxito mayor que ha tenido usted en el teatro?

—¡Huy, qué sé yo!... Siempre el último hace olvidar los demás. ¡He tenido tantos! Figúrese usted; sin embargo...

Y María se detuvo indecisa. Yo la animé.

—Sin embargo, ¿qué?

—Que no creo que á ninguna actriz le haya costado tanto trabajo convencer al público de que hice bien en abandonar el género chico por el que cultivo ahora.

—Eso no es extraño... El público siempre recuerda la procedencia; pero hoy día ya está usted consagrada como una de nuestras mejores actrices.

—«Consagrada»... «Consagrada»...—repitió María con escepticismo—. Siempre que salgo airosa de algún papel difícil los críticos se acogen á esa palabra: «La Palou se ha consagrado como una gran actriz...», y ésto siempre y continuamente; y yo pregunto: ¿Cuándo terminarán de consagrarme de una vez y me dejarán consagrada para siempre?...

—Si es bastante, por mi parte ya lo está usted.

Con una sonrisa la insigne artista me dió las gracias. Continuamos.

—¿Qué obras prefiere usted?

—Aquellas en donde hay mucha pasión, por ser las que encajan mejor en mi temperamento.

—¿Se aprende usted con facilidad los papeles?

—Según sean ellos. De memoria sí, en seguida los aprendo; tengo, afortunadamente, una gran memoria que me ha sacado de grandes conflictos; ya ve usted, en *Celia en los infiernos* enfermó Nieves, y en veinte horas me encargué de su papel.

—¿Qué actriz le gusta á usted más?

—La Guerrero me gusta extraordinariamente: toda la vida ha sido mi maestra, sin saberlo ella. La vi trabajar por primera vez cuando yo tenía diez años y no se me olvidará jamás: hacía *La niña boba*.

—¿Y su actor preferido?

—A eso no le puedo contestar; realmente, predilección no siento por ninguno; esto tiene su explicación: siempre me he fijado más en las actrices.

—Aparte del teatro, ¿por qué cosas siente usted más afición?

Meditó un instante. Yo la miraba pendiente de sus gestos. Nunca un alma pudo estar más á flor de cara.

—La lectura—dijo al fin—ha sido siempre mi pasión.

—Usted se ha mirado alguna vez alma adentro?

—¡Oh!, sí, ¿quién no?

—¿Y cuál, á su juicio, es el rasgo más característico de su espíritu?

—Caramba..., eso ya es querer saber demasiado...

Y, tras de hacer una deliciosa monería, prosiguió:

—A mí me parece que yo soy una mujer un poquitín sentimental y apasionada.

Y como advirtiera mi sonrisa protestó:

—¡Ah!, sí, se ríe usted, ¿por qué? Ya lo sé; porque la gente dice que soy fría y superficial;



Maria Palou, en su gabinete

FOTS. CAMPÚA

lo que es que no me gusta exteriorizar mis sentimientos; yo vivo más alma adentro que alma afuera; vivo para mí y con ello me basta.

—¿Cuál es su mayor defecto?

—Ser un poquito soberbia y una chispita orgullosa; pero en el sentido que debe sentirse el orgullo, no vanidosa, ¿eh?... Altaiva más bien.

—¿Ha estado usted enamorada alguna vez?

—No; hasta ahora no he tenido tiempo.

—¿Ante qué público trabaja usted más á gusto?

—¡Ay!, en Madrid, en Madrid; eso desde luego, aunque no puedo hablar de otro, porque yo apenas he trabajado fuera de aquí; cuando termine la *tournée* que pienso emprender este año por provincias y América, diré cuál de todos los visitados me gusta más.

—¿Cuándo vuelve usted por aquí?

—Dentro de un año volveré con mi repertorio escogido y mi compañía formada.

—¿Hacia qué ideal encamina usted sus pensamientos y sus esfuerzos?

Repetió mi pregunta deleitándola. Después exclamó:

—Mire usted, á mí formarme un ideal me da un poco de miedo; ¿qué es la felicidad?... ¿La aspiración satisfecha? Pues ¡Dios nos libre de aspiraciones!, y un ideal es una aspiración.

—Muy bien—elogié—; pero una artista no puede vivir sin la caricia de una ilusión.

—No crea usted, yo soy algo fatalista, lo confieso. En arte, mi ideal es llegar á ser una gran artista y saber retirarme á tiempo; dejar en el público un buen recuerdo.

—Eso me lo dicen todas—advertí.

—Pero después no lo cumplen, porque si no, algunas ya estarían retiradas.

—Y usted, María, ¿no sueña con una casita blanca en medio de un campo de Andalucía y con un marido artista que se mire en sus ojos negros y unos cuantos pequeñuelos?

—¡Oh! ¡Oh!—me interrumpió—. Ya le di cho á usted que les temo mucho á las decepciones. Además, yo el campo, para vivir en él eternamente, no lo quiero; hay veces que lo deseo con vehemencia para pasar una temporadita que sirva de sedante á mis nervios excitadísimos; pero ya allí, pronto siento la nostalgia de la ciudad. Tampoco le doy ninguna importancia al dinero; me gusta mucho vestir bien nada más.

—Sin embargo, ya tendrá usted formado el comienzo de su fortuna.

—No tengo ni una peseta; en buena hora lo diga; el dinero del teatro cantando se viene y cantando se va; ó declamando, es igual.

Hicimos un corto silencio. Tras de él le dije con mucho misterio:

—Vamos á ver, María, la última pregunta; ipero, por Dios!, sea usted sincera.

Su recuperada serenidad sufrió una leve oscilación. Presagiaba «la pregunta espantosa» y tembló un momento. Estaba encantadora entre-gada á sus ingenuos miedos. Después de saborear su injustificada inquietud interrogué:

—¿Cuál es su animal favorito?

Respiró plenamente.

—El perro; puede usted decirlo aunque parezca cursi; tengo un *chuchito* al cual quiero muchísimo.

No me sorprendió; María Palou, además de ser muy artista, es muy buena...

EL CABALLERO AUDAZ

CUENTOS ESPAÑOLES

LLAMARADA EN LA NOCHE

CUANDO la gran diva pasó desde la sombra asfixiante del andén á la implacable claridad del sol, sintió un deslumbramiento, primero, una sensación de desolación espiritual, después. Irrazonada aún y razonada, sin embargo, pues el perpetuo análisis era como un continuado suplicio de auto-autopsia espiritual, era como si de pronto, en la tristeza del golfo ascético, hubiérase hallado á solas y frente á frente con su propia alma. Sin transición, sin una gama de matices que sirviesen de escala, pasaba desde la muelle artificiosidad del sud-expresión á la blanca tristeza de la llanura castellana, que fué el huerto maravilloso donde florecieron las místicas azucenas y las dolorosas pasionarias, y toda su vida, toda su vida hecha de gloria y de fango, de triunfo y de miseria, desplegábase ante ella como en un examen de conciencia.

El paisaje, que tenía una ascética aridez, la aridez seca y resquebrajada en que se comprende la vida de nuestros santos que se abrasaron en el amor de Dios como mariposas ciegas en la hoguera, el paisaje gris, ocre, parduzco, manchado por la negrura de unos pinares lejanos, convulsionábase al horizonte en unas cordilleras rocosas que se destacaban—negro y amarillo—en la cruda luminosidad anil del cielo sin una nube. Y en el centro de la llanura, sobre una pequeña loma, la urbe arcaica trazando esa nave ideal que son las viejas ciudades españolas.

Corina Venetia, realzada su belleza judía de ojos de gacela, vagamente oblicuos, por el atavío que, pese á su chic ultramoderno, tenía un misterioso matiz de arcaico orientalismo, paseábase impaciente junto al desvencijado automóvil que había de conducirla al Establecimiento.

Corina Venetia estaba nerviosa, impaciente y aburrida. Aquella inoportuna debilidad que la posó en pleno triunfo, aquél fatídico llamamiento que en medio de la fiesta de su juventud y de su gloria sonara en la puerta del festín, la inquietaba. Pero inquietábala más aún la acedia que en algunos momentos conturba su espíritu, una acedia plomiza y opaca que en medio de los escenarios mundiales equiparaba su ánima á la de cualquier fraile medioeval.

Cansada de vagar sin rumbo, dirigióse al coche del Hotel que abandonado esperaba. Junto á él dos amigos se despedían. Uno era un tipo vulgar de señorito provinciano; el otro más fino, más aristocrático, más elegante, era alto y delgado y tenía unos ojos negros muy grandes y muy tristes. Este era, indudablemente, el que iba á seguir el viaje con ella, por cuanto el otro, á juzgar por sus palabras, volviése á la capital. Hablabá él:

—Bueno, Julián, que te sienten bien las aguas, y si quieres algo para Nena...

Fuese, por fin, el amigo, y Julián ocupó un asiento del auto, mientras la cantante ocupaba otro. Pasó algún tiempo; él hablaba examinado atentamente, con disimulada fijeza, como si recordara; ella espiaba con los ojos entornados. No ve-

nía nadie; como si estuviesen en un país desierto, ni *chauffeur*, ni empleados del Establecimiento, ni los mozos con los equipajes, ni tan siquiera Aine, la doncella francesa, parecían. Corina impacientábase: decididamente el baúl perdido no debía de parecer. Su compañero de coche estaba lejano, abstraído. Entonces ella, por un momento, tuvo la sensación absoluta de soledad, esa sensación de vacío que en algunas horas de desfallecimiento turbaba á los anacoretas en el desierto. Volvióse hacia él y apoyó la mano enguantada

Sin causa, la melancolía que aquejaba á la cantante acrecentóse por aquellas palabras banales de su interlocutor. ¡La conocía! ¿Dónde ir que no la conocieran? En todas partes era un homenaje entre rendido, admirativo é irónico. ¡La gran artista!, ¡la excelsa!, ¡la única! Y aquella admiración excluía la cordialidad, la simpatía, la ternura; era un homenaje frío y cruel. A ella no podían amarla más que por vanidad ó por deseo. Las ternuras, los cariños alegres y bulliciosos como juegos de niños, las mil puerilidades que

hacen el amor, la estaban vedados. Siempre todos los ojos fijos en ella, siempre obligada á vivir como en escena... ¡Ah! ¡Oué cansada era la gloria! Parecía su existencia la de una persona condenada á vivir bajo la luz de los reflectores, que adivina en la sombra muchos ojos fijos en ella, pero que no sabe nada de aquellos obscuros observadores que no pierden ni un gesto de ella. ¡Y, al fin y al cabo, qué sabian? Llegarían hasta allí los ecos de un gran triunfo, de un escándalo mundial como el suicidio de aquel pobre Fritz Silva, pero nada más. ¡Saber rosas, jactancias... Y una que se contaban *bluf's* enormes, leyendas misteriosas, jactancias... Y ya vez en el camino, no había sino seguir, seguir...

Y como tropezara aún con los ojos de Julián, sonriole.

«Es'ando ausente de ti,
qué vida puedo tener?
Sino muerte padecer,
la mayor que nunca vi;
lástima tengo de mí
por ser mi mal tan entero
que muero porque no muero.»

La voz de Julián parecía derretirse en misterioso amor al contacto de los versos de la Madre Teresa de Jesús. Una dulzura fervorosa y apasionada ponía temblores en su acento y humedecía de ternura sus ojos. Y era como si todo él se deshiciera en amor.

Sentada junto á él en una mecedora, Corina Venetia escuchaba llena de melancolía. Un ropón monacal de lana blanca moldeaba su cuerpo con rígidas elegancias de estatua sepulcral en que había, sin embargo, tal vez por acechanzas del Malo, un carnal encanto, una sutil emanación de lascivia. El rostro, labrado en traslúcido alabastro, demacraba mientras en atención casi macerante.

Ante la terraza del balneario, el paisaje, calmo y silencioso como un yermo pronto á llenarse de fantasmas, cobijábase bajo un cielo místico de luminoso zafiro en que la luna era la hostia de plata que pintaron los primitivos, la hostia de misterio en que se adivinaba un episodio de la Pasión de Nuestro Señor ó la Coronación de la Virgen María.

Corina Venetia habló con su voz suave, cálida y triste:

—¡Qué hermoso debe de ser amar así! ¡Qué infinitamente bello no ser más que una hormiguita del Señor y en la humildad sentir todo el corazón inflamado de amor!

Con calor, con vehemencia, objetó él:



sobre su brazo con suave presión, mientras murmuraba en súplica llena de gentil dulzura que subrayaban los ojos de caricia:

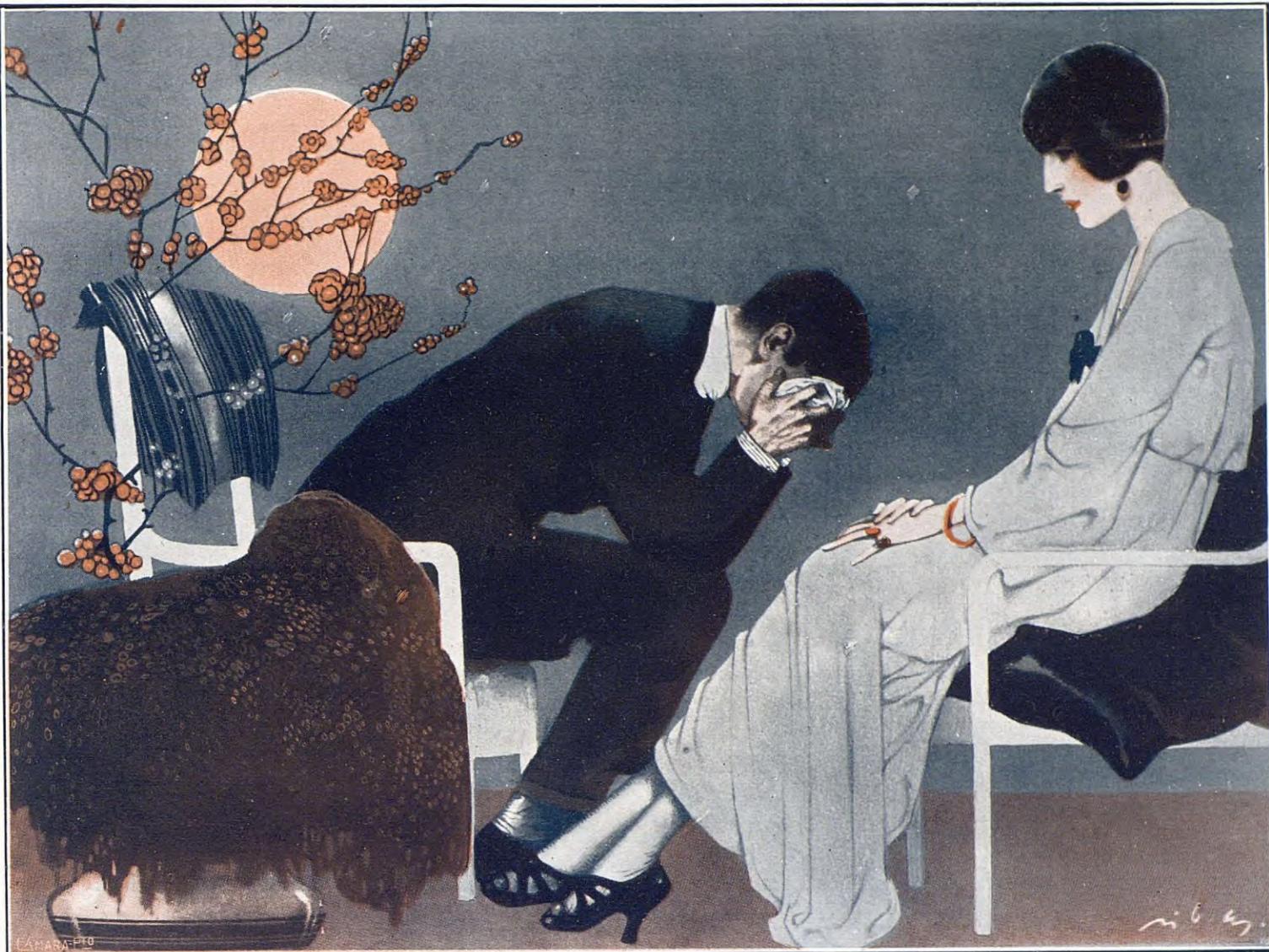
—Julián, ¿quiere usted averiguar si encuentran mis baúles? ¡Se lo agradeceré tanto!...

Puso en la voz una húmeda y caliginosa ternura. Y como él, asombrado de oírse llamar por su nombre, volviése los ojos hacia ella, sonriole en un relámpago de los dientes de nieve y explicó:

—No me tome usted por una bruja adivinadora... Sencillamente oí á su amigo...

Julián, envalentonado, habló á su vez:

—Yo sí la conozco á usted. Es Corina Venetia, la gran artista...



—Pero para amar así, para poder vivir un gran amor, divino ó humano, hay que entregarse, que dejarse ir, que no ser frío y hermético.

Tuvo la Venetia un gesto de amargo escepticismo :

—¡ A mí no puede quererme nadie ! Se ama á los humildes, á los pobres, á los débiles, á los cobardes... A los fuertes no se les ama nunca. Tiene la fuerza, para el amor que es todo abnegación, algo de repeladora.

Callóse, sumida en un sueño de melancolía. Julián callaba también, la cabeza tronchada y el rostro oculto entre las manos. Al fin tuvo un impulso de resolución y habló :

—No sé si se la puede querer ó no ; sé que desde que la conocí la quiero, ó por lo menos siento lo que jamás sentí, siento una ansia de entregarme, ¡ de morir !

Sonrió casi irónica :

—¿ Y la pobre Nena ?

Hizo el muchacho un ademán violento como para apartar á una sombra inoportuna. Después fué cruel con el recuerdo :

—No la quiero ya. Nena era el complemento de mi pobre vida de entonces ; pero tú—audaz la tuteaba ahora—me has mostrado otra vida y ya no podría ser feliz así. Quiero *vivir*, vivir de verdad, aunque cada hora sea un paso hacia la muerte.

Estaba transfigurado. Muy pálido, los ojos negros relucían en la sombra, y el rostro se aristocratizaba demacrándose, mientras los labios pálidos crispábanse en mueca casi doliente.

Corina Venetia objeció á continuación, tuteándole también :

—Haces mal. El amor humilde, manso, silencioso, dura toda la vida ; el otro... Pensa que el humilde resuello es el que calienta ; las llamas queman y se apagan !

No halló él sino un reproche :

—¿ Para qué te has puesto, pues, en mi ca-

mino ?—y ocultando nuevamente el rostro lloró en silencio.

Alzóse la artista de su asiento y lentamente, pausadamente, fué á él y envolvióle en una caricia. Sus manos de ícono, largas, exangües, marfileñas, enjoyadas de raras presas, acariciaron los cabellos que azuleaban á la luz de la luna y los labios, ardientes como brasas, bebieron las lágrimas y fueron á adormecerse en un beso sobre los labios del amado. La voz musical suspiró en un trémolo de infinita ternura :

—¡ Pobre ! ¡ Pobre !

Después incorporóse y fué á acodarse al barandal. Siguióla él. Con angustia interrogó :

—¿ No te irás así ? ¿ Vendrás allá, á Valladolid á buscarme ?

Ante la burguesa vulgaridad de la evocación, una sonrisa de sarcasmo crispó la boca maligna :

—¿ Y me recibirás ?

Sintió él claramente que habíase alejado ella nuevamente y no halló sino una banalidad que decía :

—Como á la gran artista.

—Eso es—murmuró Corina sordamente.—¡ Como á la gran artista !

Intentó él cogerla una mano que pendía inerte sobre el barandal, pero la sintió tan fría, tan remota, tan extraña á él otra vez, que la dejó caer, y ambos permanecieron callados ante el piélago azul, profundo y místico.

Al salir de su casa para ir á la oficina en su fábrica, Julián vió venir al cartero y sintió que le daba un vuelco el corazón.

Hacía quince días que se había alejado de ella por veinticuatro horas, quince días que ella le prometiera su visita, la visita que *tal vez decidiera de su vida*, y no sabía nada de Corina. Triste, demacrado, prisionero del sortilegio, la vulgaridad

de la existencia habíale recobrado, sin embargo, y aunque su alma estaba lejana, mecánicamente realizaba su vida.

El cartero entrególe dos cartas. Una de Nena, la pobre abandonada ; la otra, de Ella. Sí, aquél era su papel esmeralda, aquella su letra alta y firme, aquel su perfume de jazmín y ámbar. Traía un sello de Inglaterra. Julián rasgó el sobre :

« ¡ Perdóname, Julián ! En lugar de ahí, á tu lado, estoy en el Carlton de Londres. En vez de vivir el divino sueño de nuestro amor, he vuelto á la glaciación atroz de mi vida de gloria y lodo. Creo que la religión entre los que envía al infierno pone á los que han cometido atentados contra ellos mismos ; de esos soy yo. ¿ Pero qué hacer ? Si me hubiese dejado llevar de mi corazón, si hubiese vivido las horas maravillosas que tu amor y tu juventud llena de generosidad me ofrecían, hubiese destrozado tu vida, y sin quererlo hubiese llegado el día en que tú destrozaras la mía.

No, Julián, no ; las gentes como yo no pueden ser felices así ; *no tienen derecho á ser felices así*. Para eso es preciso no tener pasado, y yo lo tengo. Tal vez olvidados en un rincón... ¿ Pero nos hubiesen olvidado ? No, á gentes como yo no se les olvida nunca. Su única defensa es el triunfo. En cuanto hubiésemos empezado á vivir... ¡ Pero qué sabes tú de mí, pobre niño mío !... Un gran escándalo, una gran apoteosis... y nada más. De mi vida cotidiana, del misterio atroz de mis noches, de mis penas, de mis luchas, de mis alegrías, nada... Perdóname, Julián ; te juro que te he querido, pero... ¡ no puede ser ! »

Al leer, sintió una angustia atroz, un dolor que le desgarraba el alma, y luego nada, una torpeza oscura y gris sobre la que flotaba la idea estúpida del deber.

ANTONIO DE HOYOS Y VINENT
Medina del Campo.

DIBUJOS DE RIBAS

LA HISTORIA NATURAL EN LA ESCUELA

(CACERÍAS DE INSECTOS)



Un naturalista pescando larvas de insectos acuáticos

RECUERDAS, lector, el caso estupendo ocurrido hace dos ó tres años en unas montañas de Castilla? La Guardia civil encuentra á un hombre, ya entrado en años, que va á campo traviesa por senderos y vericuetos, armado de un ligero azadoncillo, de unas finas redes de seda y de una larga caja circular parecida á la de los barquilleros. Este hombre ha dormido la noche anterior en la aldea cercana y allí ha despertado las sospechas de las autoridades. Llegó andando desde el pueblo inmediato, y, según fisgoneos del posadero, pasó buena parte de la noche encerrado en su cuarto, manipulando con unos

aparatos extraños y abriendo y cerrando frecuentemente la caja misteriosa. Al amanecer pagó y se lanzó de nuevo al campo. Sin duda, un anarquista, un espía, un criminal fugitivo... ¡Sabe Dios! ¡Hay tan malas gentes por el mundo!

Cuando la Guardia civil le detuvo, preguntóle qué hacía por aquellos riscos con aquellos trebujos, y cuando el aprehendido contestó muy serio que cazando mariposas y cogiendo insectos, la pareja estuvo á punto de perder su seriedad reglamentaria y echarse á reir. Sin duda, la denuncia del alcalde rural era un estupendo acierto policial. Y el supuesto anarquista, espía ó criminal fugitivo fué detenido y llevado á la cárcel más próxima, á disposición de un juez que quedó estupefacto cuando se encontró frente á un conocido naturalista que aprovechaba unas vacaciones para dedicarse á estudios de entomología. El caso se contó luego en pública sesión del Senado.

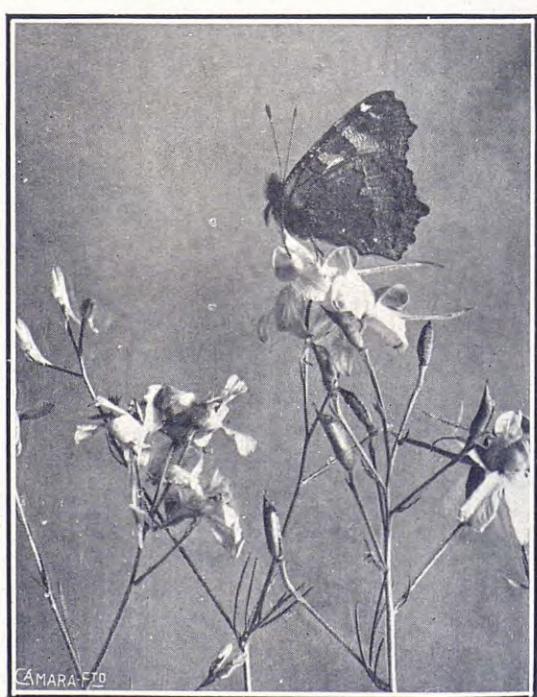
No es rara la ignorancia de aquellos rurales, porque son muchas las regiones de España que no han visto jamás un buscador de insectos, un coleccionador ó un naturalista. En Madrid mismo, muchas de las gentes que van por curiosidad al Museo de Historia Natural tienen un gesto de desdén para las vitrinas donde están colecciónados tantos raros bicharracos, muchos de ellos les parecen repugnantes y casi todos feos.

En cambio, en muchos países del extranjero, en Suecia, por ejemplo, no hay escuela de niños y de niñas que no tenga sus colecciones de los insectos de la región y de plantas y de flores, recogidos en las excursiones dominicales y descuidados y catalogados por los mismos niños. ¡Qué júbilo cuando se encuentra un ejemplar nuevo! De estas enseñanzas de la Historia Natural, de este afincarse á estudiar la Naturaleza y á convivir con ella, queda en muchos alumnos el deseo, cuando son mayores y han organizado su vida independiente, de poseer colecciones propias, formadas por ellos mismos. Así, los días de fiesta se encuentran en el campo numerosas personas cazando in-

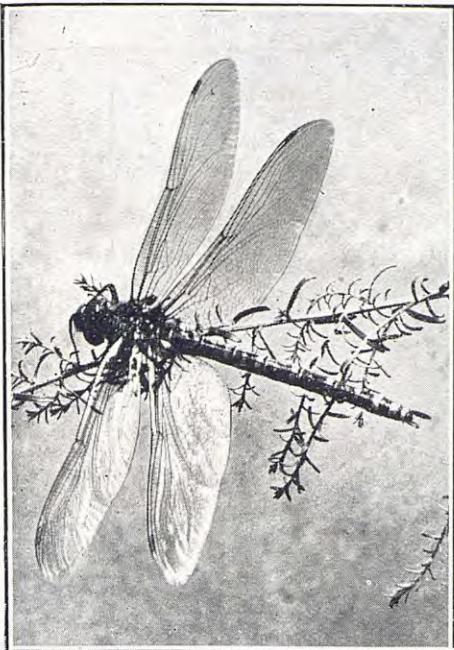
sectos y más aún frecuentemente recogiendo plantas. En los Estados Unidos, varias Universidades que son millonarias, con rentas propias, han dedicado grandes sumas al estudio de los vegetales y los insectos, de su naturaleza y de sus costumbres. Legiones de sabios recorren el mundo entero, completando las antiguas clasificaciones deficientísimas de Buffon y de Linneo. La obra emprendida no tiene sólo un carácter de curiosidad científica, sino también un carácter práctico y utilitario. Se trata de buscar insectos y plantas que puedan ser útiles al hombre; plantas é insectos que contengan productos para la



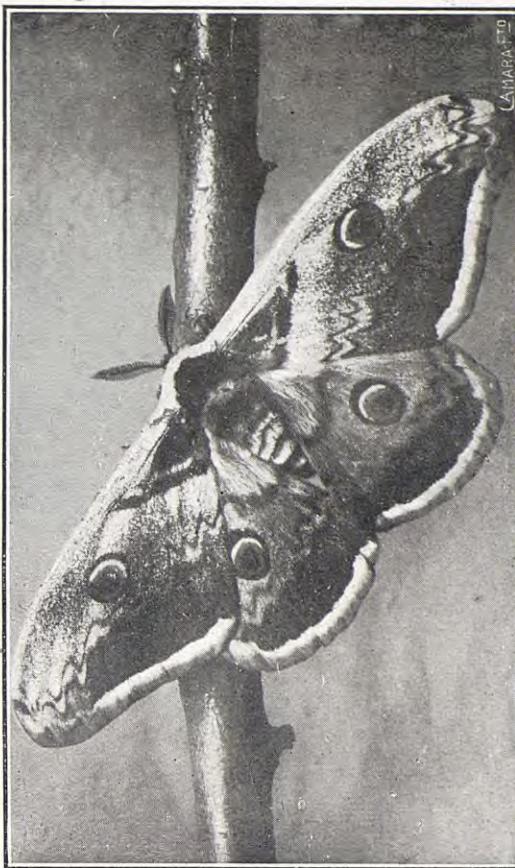
Phryganæa striata



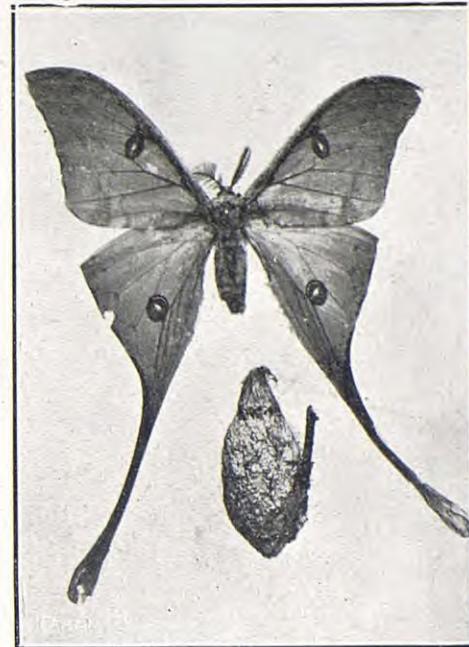
Vanessa Urticæ



Aeschna grandis (Caballo del diablo, Pavot)



Saturnia pyri S. V. (Pavón nocturno, mayor)

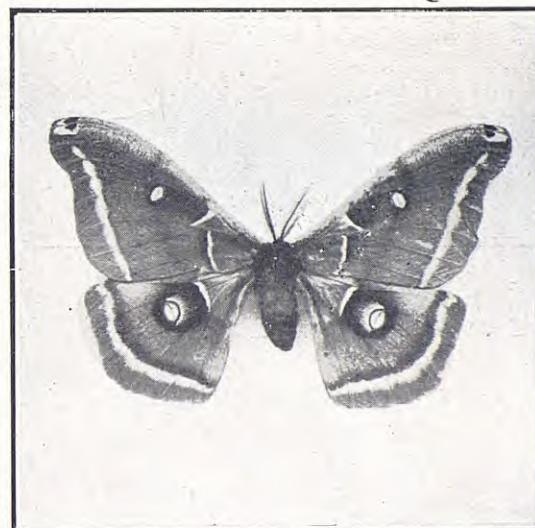


Tropaea Maenas Doubt

Química, la Medicina, la Tintorería; insectos que fabriquen seda, como las arañas de Madagascar, y, sobre todo, insectos inofensivos que sean enemigos de los insectos dañinos. Así se ha encontrado una mosca que mata á la langosta depositando sus huevecillos en el cuerpo de la larva. Cuando éstos avivan, la langosta es devorada por los recién nacidos. También se han encontrado las coccinelas que devoran las larvas de los pulgones.

En algunas regiones, especialmente en las montañosas, la caza de bichejos constituye un modestísimo oficio, un suplemento de jornal para los obreros que se encuentran sin trabajo. Estos cazadores no se limitan á buscar insectos, que como las cantáridas y otros suelen comprar en las boticas, sino que llegan á organizar alguna caza mayor, que es más productiva; la caza de víboras, por ejemplo, que en las regiones donde abundan suelen pagar los Ayuntamientos á cincuenta céntimos pieza.

Valdría la pena de extender en España la afición á estos estudios de la Naturaleza. No hay para ello más arbitrio ni procedimiento que la escuela. Si en las Normales se enseñase á los futuros maestros y maestras á recolectar plantas y á disecar insectos, que es cosa facilísima, conservando la belleza y el brillo de las mariposas y la apariencia de vida de las orugas, no necesitarían luego los maestros mayor estímulo, ni reales órdenes, ni leyes engorrosas, para intentar hacer en su escuela un pequeño Mu-

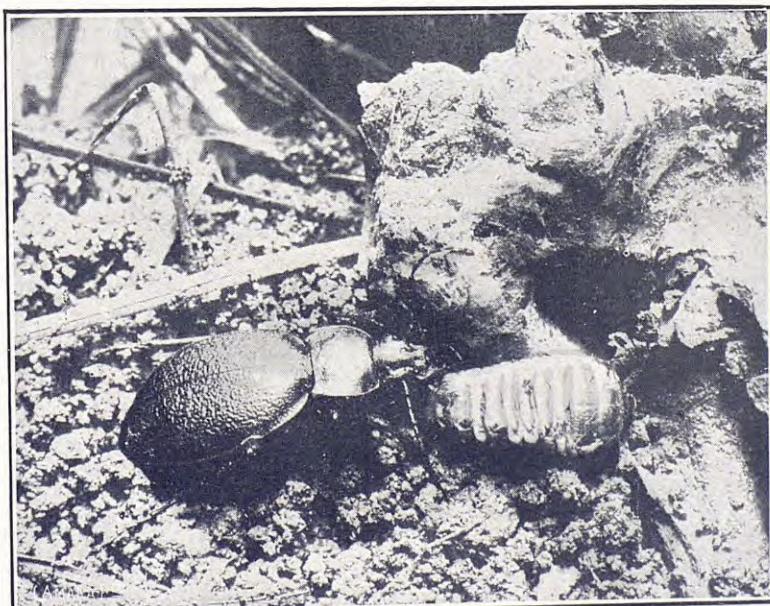


Antheraea Lola Westw

seo de Historia Natural de la región. Porque lo interesante en este aspecto pedagógico de la entomología, está en que ese Museo sea exclusivamente de la región y en que haya sido formado por los mismos alumnos y renovado constantemente y enriquecido por ellos.

Las colecciones compradas por el maestro ó enviadas á la escuela por el Ministerio de Instrucción pública, no enseñan apenas nada ni lo gran avivar la curiosidad del niño. La mayor parte de los ejemplares de que se componen no existen en la región, y el alumno no los verá nunca vivos, mientras que los que se crían en sus campos ó en sus montañas por rara casualidad estarán en la colección. Además, si el maestro la utiliza verdaderamente, la colección irá envejeciendo y estropeándose. Huirá el polvillo misterioso de las alas de las mariposas y se borrarán sus colores; á los coleópteros se les irán quebrando las patas, los antenas y los élitros. Todo ello parecerá al niño feo y ridículo. Querrá ver vivo ese milagro de la Naturaleza del mundo de los insectos y las plantas, milagro infinito, múltiple, que llega á las más extrañas variedades de forma, de color, de transformaciones, de instintos maravillosos, y cuando en el campo vea volar á las mariposas, no tendrá á su lado un preceptor que le diga de qué orugas proceden. Y, al cabo, escuelas donde no se enseña á conocer y á amar la Naturaleza, serán incapaces para llegar á hacer una gran nación.

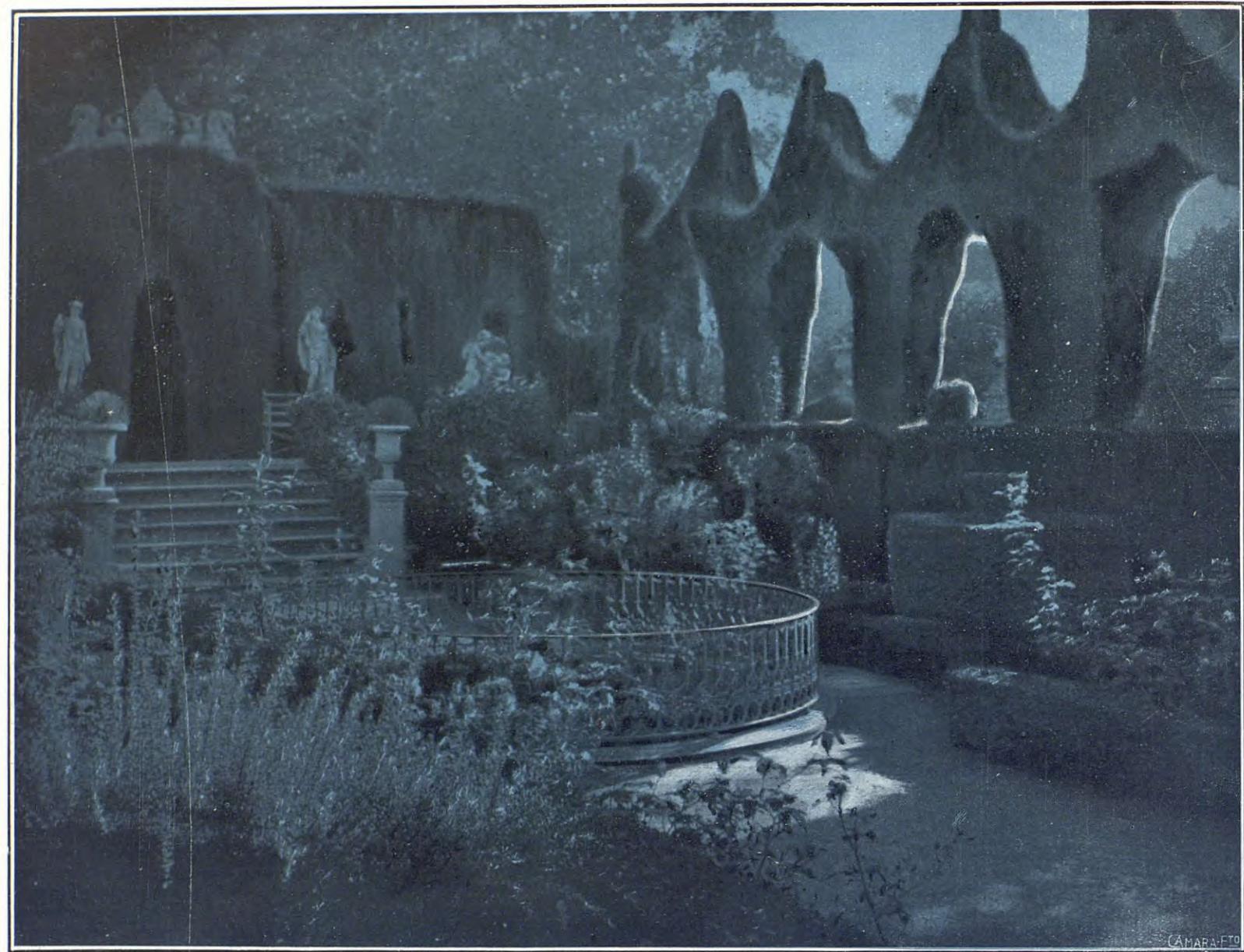
AMADEO DE CASTRO



Proctes Coriaceus



Lucanus cervus (Cervo volador)



CÁMARA-FOTO

JARDÍN VALENCIANO

VALENCIA es la ciudad de los jardines orientales, espesos y lujuriosos, donde las flores huelen como frutas sazonadas y las frutas tienen el suave aroma de las flores.

Pero yo voy á descubrirlos hoy un jardín típicamente versallesco, escondido tras las tapias rosadas de espléndida alquería que conserva, como bajo un fanal, aquella maravilla del siglo XVIII—que parece trazada por el propio Le Notre—, para que la cursilería reinante no la profane.

El jardín de los Monfortes no evoca la cárdena visión del amor trágico, del extravío pasional, del epicureísmo refinado; más bien parece evocar aquella visión serena y clásica del divino Platón, en el divino jardín de Academos, el ático, disertando sobre el pró y el contra de todas las cosas, bajo un cielo azul y plata y cerca de las playas donde estaban ancladas las trirenes de oro y velas de púrpura que llevaban á Corinto, á beber en ánforas humanas el amor, á los afortunados hijos de la Hélade.

Todas las flores tienen todos los colores del espectro fijados por el sol en sus brillantes corolas y guardan perfumes exquisitos en sus pétalos y néctar de los dioses en sus diminutos nectarios. Los arbustos ofrecen flores y frutos escondidos entre su frondoso ramaje y el capricho mujeril puede escoger entre la grana de oro como senos de la madre Minerva, el ceníleo limón oloroso, el rojo melocotón como mejillas de niño barroco y la incitante manzana parisiaca...

Los recortados setos oscuros de boj y de ciprés, fingían formas de una arquitectura de ensueño en fantásticos atrios, y peristilos, y gineceos, sobre los que se recortan blancas estatuillas helénicas, macetones y escalinatas de dulce tonalidad marmórea que baña la luna filtrándose misteriosamente por los geométricos

setos. Las fuentes murmuran, sin murmurar apenas, la eterna, larga y cristalina estrofa de amor, como si fuera el alma del jardín condensada en transparente linfa.

No busquéis allí flores exóticas y grandes pasiones. Todo en él es correcto, clásico. No busquéis aquellas flores monstruosamente bellas que recuerdan órganos y olores sensuales detalladas por la imaginación enferma de un Mirbeau en su «Jardín de los Suplicios»: el talictro de olor potente, las espinas nauseabundas, la repulsiva flor del lagarto... y otros engendros de la flora oriental. No busquéis tampoco el drama: la sangre no salpicó jamás los albos jazmínes, las rosas pálidas, los jacintos lunares. No. En el jardín valenciano cada flor es un misterioso tálamo nupcial, nido del amor casto; cada alameda, la senda del propio Amor; cada fuente, un manantial de romántica poesía; cada oculta glorieta, la antesala del paraíso.

Moliere y Lafontaine no se desdeñarían de recitar allí sus versos. Racine declamaría allí su «Ifigenia» lo mismo que en los jardines de Versalles, y el mismo rey Luis pronunciaría su frase célebre: «Aquí se pondrán más amores y más angelillos», interrumpiendo una disertación de sus académicos. La seda de las damas no se arrugaría en este jardín; su empolvado tocado no lo descompondría la tenue brisa levantina; los caballeros apenas rozarían con la punta de los dedos la mano nivea de la señora de sus alambicados pensamientos y un abate mundano, joven y elegante, ofrecería en su caja de plata el fino, rapé á las damas cincuentonas, al estirado académico, al rozagante cardenal, mientras la fuente ponía un sutil comentario á los versos clásicos, helénicos, recitados por un poeta vestido con sedas y ceñido de afilado espaldín. En el jardín versallesco se vive y se ama académicamente.

¡Ah! Si algún beso suena en el oscuro laberinto, en el bosquecillo mitológico, en el templete del amor ó en la dulce penumbra de un seto..., es alado, ligero y fugitivo suspiro del amor que pasa, y la marmórea fuente borra el rastro de la furtiva caricia con su murmullo suave y discreto.

¡Es Grecia, la Hélade de Platón y de Academos que revive entre sedas académicas en el siglo de la Pompadour y de los Luises!

El jardín de los Monfortes es único en Valencia; pero soberbio ejemplar de un arte exquisito y típico. Sus poseedores, señores y príncipes por su cultura y exquisitez, conservan el jardín de sus abuelos como joya en vitrina para que no profane su armónica traza la mano demoleadora del hombre moderno. No hace muchos años, el Plantío de la Alameda de Valencia era otro bello jardín versallesco con diminutas cascadas, juegos de agua y setos recortados al estilo de los jardineros de Luis XV. La estolidez y la ignorancia, el afán de reforma y el mal gusto aburguesado de los municipios taló el originalísimo jardín para «construir» un jardín «á la inglesa»... y todos los burgueses que poseían jardines del tipo de Versalles los destruyeron para imitar los parques ingleses. Y hoy, por desdicha, no resta en la ciudad de los jardines otro ejemplar de traza del siglo XVIII que el que acabo de describir malamente, porque jamás la pluma torpe podrá pintar el encanto de aquel lugar donde nuestras abuelas bailaron un miñé dirigido por un académico y donde vivieron un idilio de amor bajo una peluca empolvada y tras el varillaje de nácar y oro de un abanico Luis XV.

B. MORALES SAN MARTÍN

FOTOGRAFÍA DE V. MARTÍNEZ SANZ

RINCONES DEL MUSEO ♦ LAS PINTURAS FANTÁSTICAS

CUANDO caen la hojas arremolinadas, para esconderse en un remoto rincón inactual, nada más propicio que el Museo del Prado y la sala semi-oculta, principalmente, de los Primitivos. Allí los viejos pintores germánicos y flamencos aguardan al selecto visitante y lo sujetan con las garras de su fanasía. El dulce y visionario Patinir está esperándonos, frente á sus paisajes de ensueño. Van Eyck y Memling nos ofrecen el primor de sus colores insuperables. La Eva rubia de Durero, como una venus septentrional, hace con la manzana el gesto decisivo del pecado de soberbia.

Después de bañar los ojos en la pureza de los paisajes primitivos, el espectador quisiera alejarse, huir, reteniendo en el alma aquella ternura alborreal de los cielos místicos. Pero alguien, al pasar, nos retiene con gestos diabólicos y tirones irresistibles. Son los otros cuadros de la sala; son los demonios de la fantasía desencadenada y terrible, grotesca y trágica, truculenta, febril... Los cuadros de *El Bosco*, de Brueghel el Viejo, de Peeter Huys y de sus secuaces.

Vencido, pues, por la fuerza diabólica de estos cuadros, algunas veces me abandono á la delección morbosa de sus fantasías. Sigo con espanto y sorpresa las peripecias de esos folletines que se llaman *Danza macabra*, *Triunfo de la Muerte*, y á los pocos instantes observo en mi espíritu el fenómeno que hubo de ser tan frecuente en la Edad Media: la complacencia de la propia disminución vital. Es así que el hombre opera de dos modos ante la idea de la muerte: ó huye de ella, tratando de olvidarla y entregándose á las caricias del mundo, ó se sumerge en el centro de la misma idea mortal con un temblor que conocen bien aquellos que son propensos al vértigo.

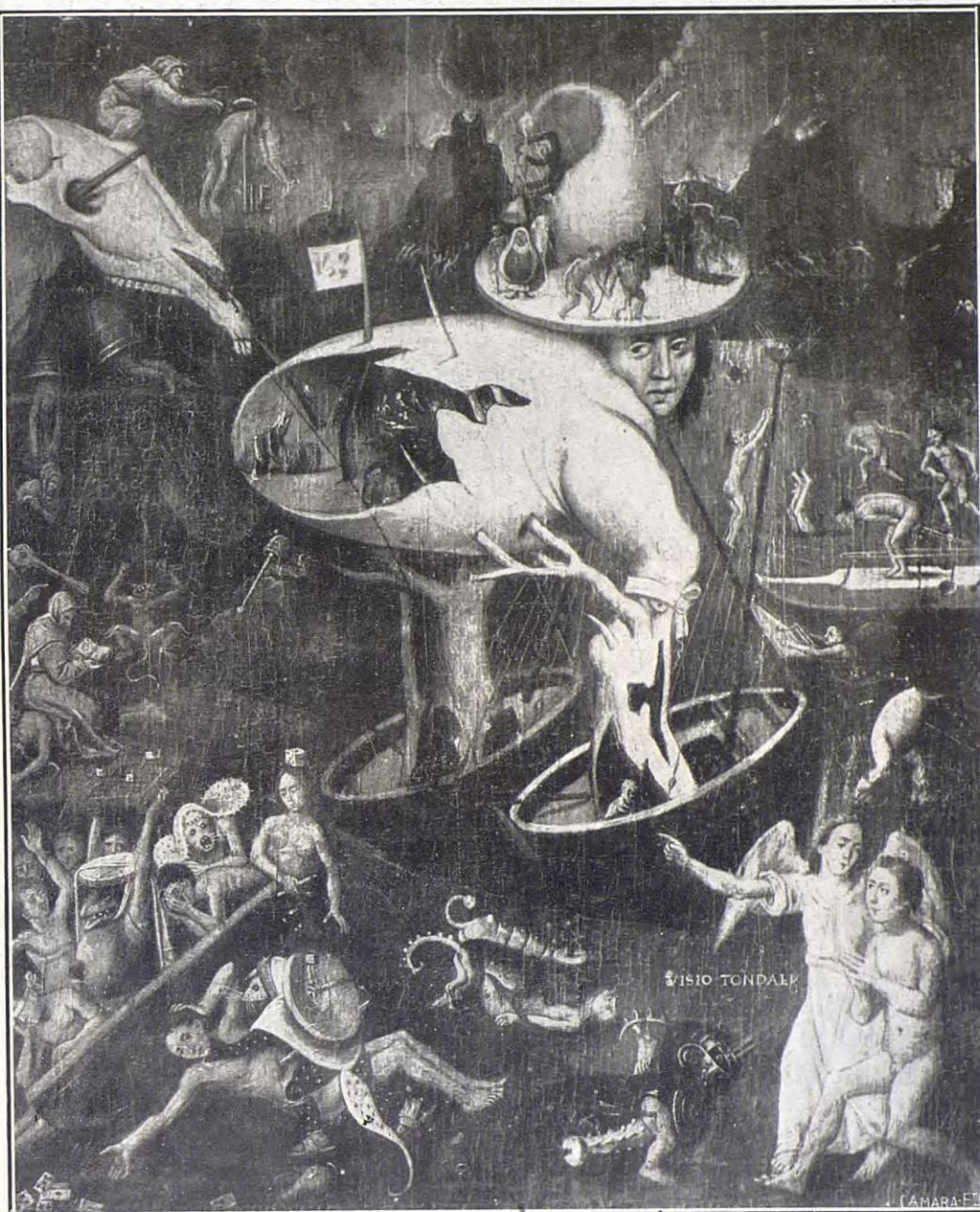
Los pintores de las *Danzas macabras* se abandonan al vértigo de lo espantoso, y sentían una enfermiza complacencia escalofriante cuando su imaginación reproducía las escenas más increíbles. En ese trance del pintor escalofriado, el espíritu debía conocer todos los prodigios del vértigo. Y la fantasía no ha inventado nunca nada tan repugnante en el sentido flagelador, en el sentido terrorífico. Es algo que linda con la obscenidad, puesto que en el terror existe tanto de sensualismo.

Mirad ahí ese cuadro. En una carreta van amontonados los cadáveres; unos se caen y las ruedas los triturán como á piltrafas. Un desgraciado se debate en una charca pestilente, en tanto que un espectro irónico le golpea la cabeza. Los muertos que se murieron ya, parecen reírse de los muertos incipientes ó inminentes. Las cala-

veras hacen por todas partes sus gestos de risa filosófica, su mueca de brutal escarnio contra la vida. ¡Todo termina en esto!... Y los esqueletos rién con grotesca y apasionada risa vengativa, como en una monstruosa represalia mortal... En un ángulo celebran un festín damas y caballeros; la Muerte acude; un caballero saca la espada briamente... (Nuestro Don Juan Tenorio).

Yo me represento á los hombres del siglo xv, la extraña y algo borrosa edad que precedió al Renacimiento, y los veo vestidos de una poderosa energía vital. Era el tiempo en que había madurado totalmente el medioevo. La idea ascética terminaba su curva, y las almas, llenas de madurez y de experiencias monacales, soñaban con algo remoto que dormía en Grecia y que no había fracasado nunca totalmente. Presentíase la brillantez meridiana del Renacimiento. Los cismas y las rebeliones se agitaban en el fondo de Europa. Entre tanto, una sensualidad mal reprimida pugnaba por salir á la franca luz y desbordábase.

Para mi gusto, el siglo xv es la edad esencialmente fina, delicada y aristocrática. En Italia brillaba ya entonces el Renacimiento; ¡pero qué dulzura, qué elegante alegría de aurora en aquel divino Donatello, en aquel tierno della Robbia, en aquel noble Botticelli, en toda la Florencia insuperable y profunda! Un poco más al Norte, el dogma ojival dominaba en las artes. Pero la ojiva iba perdiendo su austereidad ascendente y an-



"Fantasía moral", cuadro de Bosch, que se conserva en el Museo del Prado

gustiosa; la ojiva intentaba rebajarse, humanizarse, en la querencia del arco de punto, fórmula terrena y mediterránea. Florecían, por otra parte, las ojivas y los piñones se transformaban en rosas. Los monasterios adquirían calidad de joyas (es una joya de piedra, sin duda, la Cartuja de Burgos). Y en los sepulcros de las catedrales el mármol era macerado, afiligranado, batido prodigiosamente en virtud de una teoría de floresta. Yo no encuentro un ademán de decadencia más interesante que el del siglo xv. Es una decadencia eximia en que se descomponen todos los factores medioevales: el ascetismo, el feudalismo, el misticismo, el ideal guerrero y caballeresco. La descomposición de todos estos factores príncipes, eminentemente nobles y aristocráticos, originan una decadencia de fondo elegante y de sensualidad torturada. Es el tiempo de los bellos cuadros, de las finas esculturas, de las portadas y los ventanales floridos; la época de los banderizos, de los Estados que se desmoronan, de las guerras civiles, de los primeros heresiarcas; la moda de los rostros rapados, de la melena corta, del cerquillo sobre la frente y de las calzas ajustadas.

Entonces, para nutrir la necesidad mística, el monje arrecia sus imágenes terroríficas, y ante la inminencia, ante la aurora del Renacimiento, los cuadros de las *Danzas Macabras* exageran sus visiones infernales. Su misma exageración nos revela la magnitud del pecado ambiente. Esos lienzos no podrían ser pintados para una sociedad pura y completamente incontaminada. Ellos representan más bien la actitud irritada del predicador que habla á gentes un poco escépticas y desde luego solicitadas por el halago del lujo, de la carne y de la ambición. Procuran pintar á la señora Muerte con los estigmas fundamentales; les ponderan, les recuerdan la Muerte á los Papas mundanos, á los príncipes bulliciosos y discoloros, á los eclesiásticos carnales (¡oh, ventruido Archipreste de Hita), á los mercaderes codiciosos y á los pecheros distraídos.

¡Mirad que os aguarda la Muerte en el umbral del Infierno! Ella va tañendo, es verdad, un violín sin cuerdas, y el esqueleto es quien baila con más primor. Detrás le siguen los hombres, los niños, los purpurados, los caballeros, las bellas damas...

Pero el mundo no prestaba completa atención. Era el siglo de los grandes pecados. De aquellos pecados habían de brotar los grandes hombres y las grandes virtudes renacentistas.

JOSÉ M.^a SALAVERRIA

MADRID, CIUDAD ALEGRE



La calle de Alcalá, desde la plaza de Castelar



El edificio de La Unión y El Fénix, en la calle de Alcalá



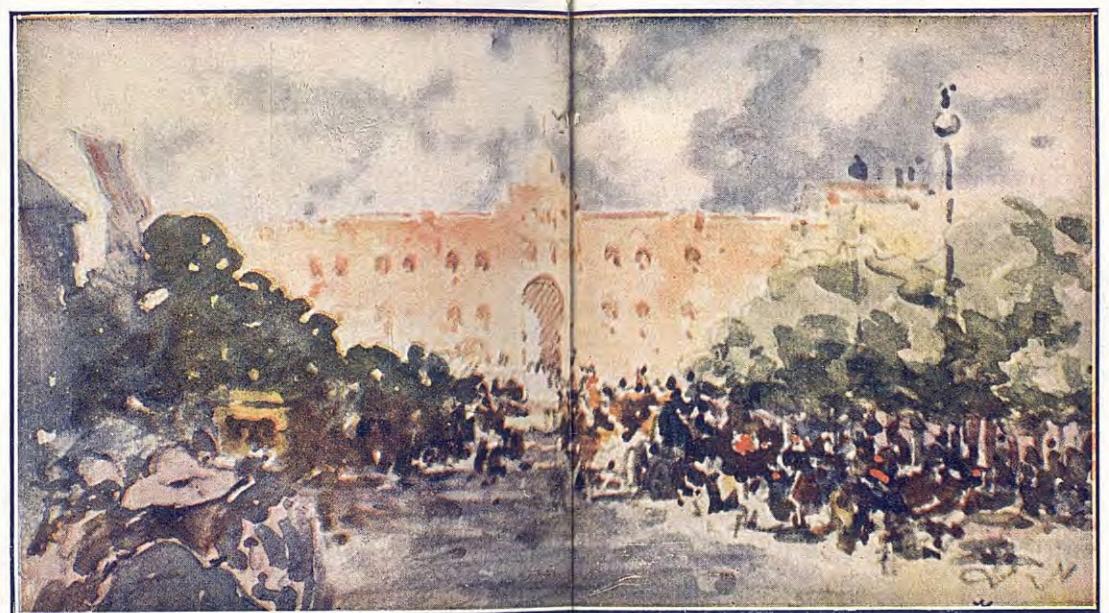
Otro aspecto de la calle de Alcalá, desde la Cibeles

YAUN pudiera añadir confiada, apoderándose de todo el título que compuso el ilustre dramaturgo; porque el ya famoso rótulo encaja como anillo en el dedo, al pueblo que por simpático, amable, vistoso y atrayente, merece todos los beneficios imaginables y que á la postre, por bonachón, altruista y de buen acomodo, sólo consigue cuanto los otros tienen logrado hasta la saciedad.

Ahora se trata de que Madrid levante el cerco que le han puesto desde antaño la suciedad y la miseria para que le circunde un pomposo cinturón de casas bonitas y espléndidos jardines. Pero apenas iniciado el propósito, álzase contra él poderoso sefiores que tratándose de su amada provincia no se hartan de pedir, pero cuando es la capital de España la que demanda, vuélvense cicateros y huraores.

J Pobre Madrid, y qué poca es tu suerte para conseguir valedores! Careces de hijos propios, porque consideras como tuyos á todos los de España. En tu boca nunca está la exigencia, ni en tus ojos jamás relampaguea la ira con que otras ciudades exigen cuanto consideran de necesidad. Por lo mismo sólo creces á expensas de tu propio esfuerzo, y en menos de medio siglo has pasado desde unos doscientos ochenta mil habitantes á los seiscientos mil corridos que hoy animan tus calles y tus paseos.

Porque en Madrid el contento no falta jamás. El español más agrio ha de sentirse risueño en la corte, donde le salen al paso, desvaneciéndole los enojos, para cada preocupación un donaire y para cada desliento un optimismo. Las calles de Madrid tienen un especial encanto que influye en las almas para quitarles pesadumbres. Los más enemigos de la brutal fiesta de toros se dejan arrastrar por la multitud que, en día de corrida, marcha hacia el coso entre bulla, zambría y cascabeleo. Cuando hay romería, ninguna tan alegre como las madrileñas, y el más cejijunto ha de sentirse sonriente al codearse con el gentío que por la Carrera de San Jerónimo va como formando la procesión del buen humor en que hacen de preces dichos ingeniosos y encienden luminarias las miradas seductoras de muchas mujeres bellas. Quien diga que Madrid es un poblaclón destartalado y feo tómese el trabajo



La avenida de la Plaza de los Toros, en día de corrida

de recorrer el espacio que media entre Atocha y el Hipódromo, á ver si recuerda, de las mil avenidas espléndidas de Europa, una que supere á la que forman los paseos del Botánico y del Prado, donde el Arte ofrece su incomparable templo del Museo, donde están Recoletos con sus jardines y la Castellana con soberbias edificaciones.

El que apeteza bosques los tiene frondosos en la Dehesa de la Villa y la Moncloa; quien busque Parques encontrará los magníficos del Retiro y el Oeste, y si demanda una vía populosa en que el trájite y la hermosura se den beso fecundo, contempla la calle de Alcalá, desde la plaza de Castelar, y diga después en conciencia si el espectáculo que mira no le parece deslumbrador.

Pensó en embellecer Madrid el buen Rey Carlos III, y de ello dan testimonio la airosa edificación ideada por Sabattini para que fuese Real Casa de Aduana y ahora es Ministerio de Hacienda, y la que sirvió de albergue á las oficinas para estanco del tabaco y fué, luego de reformada, aposento de la Academia de San Fernando. Las felices iniciativas del cultísimo Monarca no tuvieron inmediatos continuadores, pero después de 1857 sintióse Madrid decidido á embellecerse, y desde aquella fecha á la de ahora se ha transformado de modo increíble. Madrid no es sólo alegre, simpático, seductor, es también bello por sus edificaciones, por sus barrios aristocráticos, por algunas de sus calles principales. Madrid admira, atrae, halaga. Por lo mismo quiere cambiar sus entradas, convertirlas en agradables, como él, hacerlas dignas de su recinto. Quitando la parte Norte con los poéticos panoramas de la Sierra, Madrid tiene los alrededores invadidos por la miseria y por el asqueroso haciamiento, por el más repugnante abandono. La hiediondez ha puesto sitio á Madrid, y es necesario que la higiene y el buen gusto derroten al miserable sitiador de la ciudad alegre que merece apoyo de todos los hijos de España, ya que á todos les trata como si fueran propios y á todos les brinda horas amables de esas que dejan en el espíritu la huella perdurable del recuerdo alentador.

J. FRANCOS RODRIGUEZ



La calle de Alcalá y el edificio de La Equitativa

Detalle de una romería madrileña en la calle de la Princesa
Acuarelas de J. Ruiz Morales

La plaza de Cánovas y el Palace Hotel

LA RIQUEZA ARTÍSTICA DE ESPAÑA



Relieve existente en la ermita de la Quinta Angustia, en Cacabelos (León)

FOT. H. TORRES

AUN los pueblos más apartados de España, lugares de silencio y de quietud, donde el Tiempo parece haberse detenido, suelen guardar valiosas reliquias del arte y vestigios de una grandeza ya pasada. Las dos Castillas, eterno símbolo de la España dominadora y poderosa, y Aragón y Galicia, y otras regiones donde el espíritu moderno late enérgicamente, son relicarios de ignorados tesoros de los que no suele hacerse memoria. La incuria nacional que nos correte lentamente, no repara en nuestra riqueza artística, y, mucho menos, cuida de ella y vela por su conservación y la pone á salvo de manos ignorantes y ambiciones extrañas. Por eso ocurre fre-

cuentemente que los artistas se alarman de pronto cuando contemplan que el tiempo injurya ó destruye muchas joyas que son recuerdo y testimonio de la Historia y del Arte, ó llega de fuera quien viene á despojarnos de ellas para adornar vitrinas ó museos que acaso contemplará algún día un español con sonrojo.

En la presente plana reproducimos un relieve existente en la ermita llamada de la «Quinta Angustia», en Cacabelos, provincia de León. Quizá no se trata de una obra de gran valor artístico, pero sí puede asegurarse que tiene extraordinaria importancia histórica, porque sobre ella han pasado ya varias centurias. Está tallado este relieve

en la puerta que comunica el presbiterio con la sacristía, y sus dimensiones son 0,80 por 0,80. Artistas y curiosos lo han contemplado con frecuencia y se han detenido ante él tratando de hallar la verdadera interpretación de su extraño dibujo y queriendo descubrir en él, unas veces, un simbolismo místico, y otras caballeresco. La edad lejana de la leyenda y de la fe será siempre una fuente de poesía. Representa el relieve al Niño Jesús alzado sobre un trono de nubes, con un cuarto de copas en la mano derecha y el cinco de oros en la izquierda, que entrega á un monje ó acaba de recibir de él. Es una talla sumamente curiosa digna de ser conocida.



*R. Sandis Fago
1916*

EL PASADO VUELVE

La esperé en el atrio de Santa María;
las dulces campanas tocaban á Vísperas.
Era blanca y rubia como Margarita;
el pelo en dos trenzas doradas, traía.
En mi corazón Mayo florecía.

La primera novia quince años tenía.
¡Quince años! ¡Qué ingénua palabras floridas!
¡Qué dulce sentido tenía la vida;
los ojos extáticos, las manos cogidas,
en el atrio en sombra de Santa María!

Como olas que pasan se fueron los días todos se llevaron girones de vidas.
Los años, cual capas de tierra caían.
¡Los años!... Como una sombra de ella misma, la encontré en el atrio de Santa María.

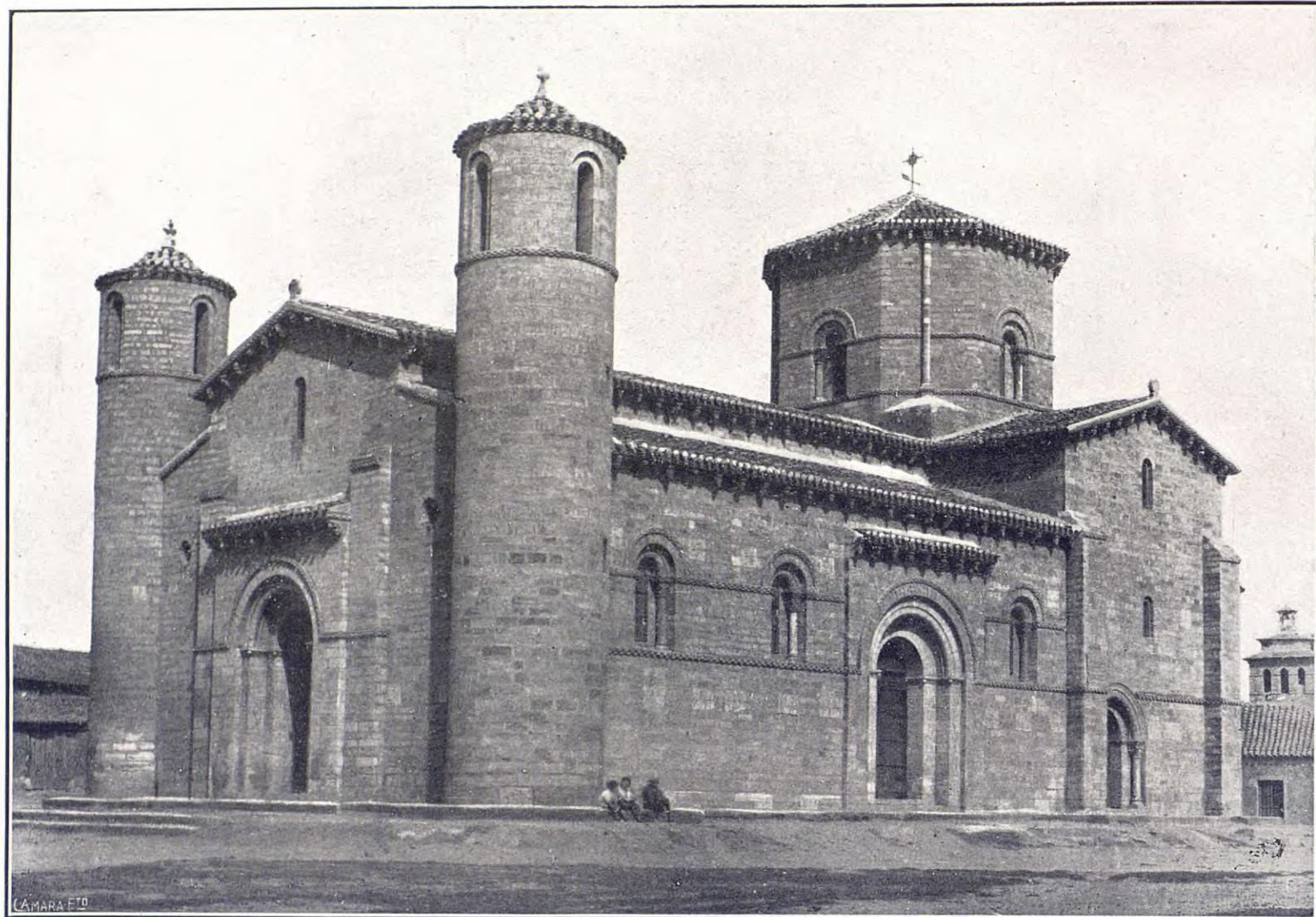
Dos niños tan rubios como ella, traía; sentí el alma llena de melancolía; clavó su mirada muy triste en la mía. Los hijos, ajenos, gozosos reían. En las almas nuevas Mayo florecía.

Todo el luminoso pasado volvía... Las dulces campanas de antaño, tañían, por nuestra dorada juventud, en ruinas. Y al partir, muy pálida, con una sonrisa muy triste, muy triste suspiró: —¡La vida!...

EMILIO CARRÉRE

ESPAÑA MONUMENTAL

LA IGLESIA DE SAN MARTÍN, DE FRÓMISTA



Vista general del templo de San Martín, de Frómista

Nosotros, que siempre fuimos partidarios de las restauraciones artísticas, por creer que, sobre ser beneficiosas, contribuían á la mejor conservación de los cuadros, esculturas, joyas y monumentos en que se realizaban, hemos de rectificar hoy nuestro criterio, á la vista de las fotografías que acompañan á este breve artículo.

En ellas puede apreciarse perfectamente la desplorable reforma llevada á cabo en la iglesia de San Martín, de Frómista, y el aspecto de la construcción recién terminada en este hermoso templo románico, cuya edificación se remonta á la segunda mitad del siglo xi. Claro es que, para los profanos, el conjunto que actualmente presenta esta iglesia, con sus torres y muros impecables, es muy bello; pero para los que gustan de recrearse en la contemplación de las viejas piedras, tan sugeridoras, ¿qué diferencia la que existe entre esta novísima edificación y aquella otra que mostraba orgullosa sus muros agrietados y sus torres desvencijadas!...

Más que de restauración, pueden calificarse las obras realizadas en la hermosa iglesia de San Martín, de Frómista, de completa reedificación, pues, como antes decímos, el aspecto que en la actualidad ofrece este viejísimo templo, es el de una edificación recién construida, que apenas si tiene alguna pequeña reminiscencia de aquella otra tan bella, tan característica, que desapareció para siempre bajo la devastadora piqueta de unos obreros desplorablemente dirigidos.

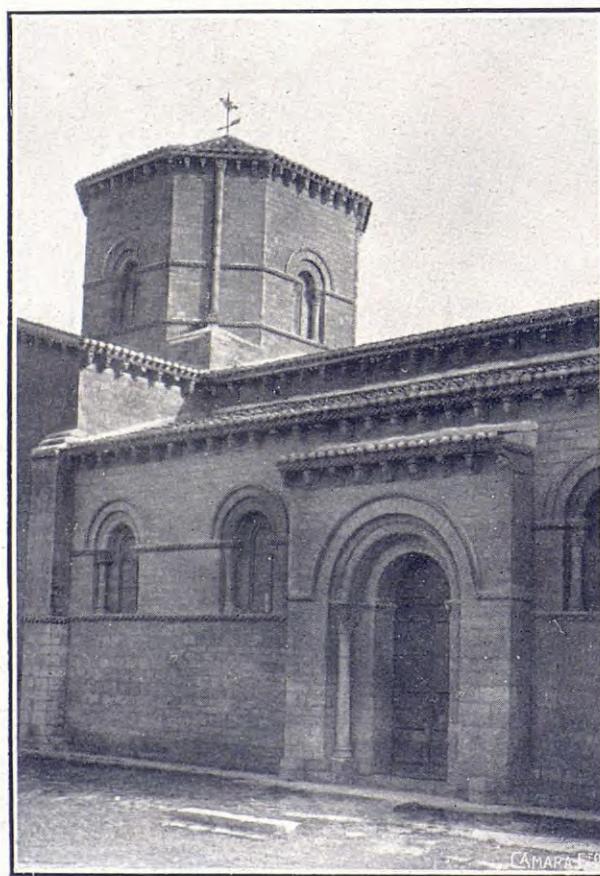
Entre las diversas innovaciones que ha padecido la estructura del templo, es la más importante la realizada en la torre principal, uno de cuyos cuerpos (componiéndose de

dos), ha sido suprimido en absoluto, con lo que la esbeltez y elegancia de la misma han casi desaparecido.

Y ahora pasemos á lo que es objeto de este artículo: la descripción del origen, fundación y emplazamiento de la iglesia de San Martín, de Frómista.

Frómista, la hermosa villa palentina, está situada en la parte central de la comarca, y tanto el pueblo en sí como sus alrededores, son en extremo gratos y pintorescos. Desde el siglo x ó mediados del xi, en que formó parte de los dominios del Conde de Castilla Don Sancho y de los de su hija Doña Mayor, hasta el siglo xiii, retuvieron la villa en su poder los reyes, mas de aquí en adelante, fueron señores de ella diversos magnates de aquella época.

Como hemos dicho al principio de estas líneas, la edificación de la iglesia de San Martín tuvo lugar en la segunda mitad del siglo xi, y fué su fundadora la también citada Doña Mayor, hija de Don Sancho, Conde de Castilla, la cual vivió allí retirada del mundo al quedar viuda. Más tarde, y viendo próxima su muerte, hizo herederos de la iglesia, con otros cuantiosos bienes, á los monjes que moraban en el inmediato monasterio, y posteriormente pasó á poder de los religiosos de San Zoil, en virtud de la cesión que en favor de ellos hizo Doña Urraca. A partir de esta época, la posesión del templo de San Martín y el barrio en que estaba enclavado, fué origen de innumerables luchas y competencias, sostenidas contra los monjes por los poseedores del señorío de Frómista, y con tal motivo promovióse un pleito que Gundisalio, arzobispo de Toledo, falló en favor de los de San Zoil.

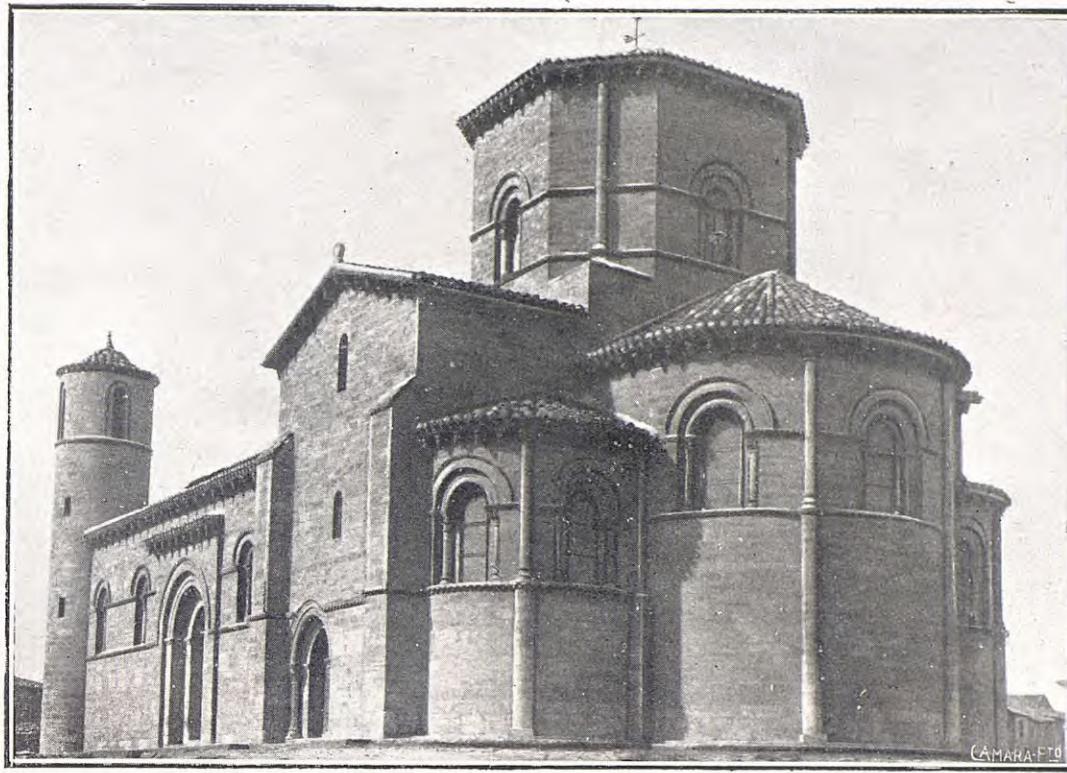


Linterna y fachada Norte

No terminaron aquí las luchas sobre la posesión del templo de San Martín, sino que continuaron más vivas y enconadas cada vez, hasta las postrimerías del siglo xv, en cuya época el obispo de Sigüenza y Don Alvaro de Mendoza dictaron una sentencia que obligaba al pago de una renta anual á Gómez Benavides, esposo de Doña María, hija de Doña Sancha, entonces poseedor del señorío de Frómista, quedando también afectos á este compromiso la villa y algunas posiciones y lugares de las merindades de Carrión y Saldaña.

El único testigo que hoy existe de aquellas enconadas competencias y graves conflictos, es la iglesia de San Martín, que aún conserva, á través de los siglos, todas las bellezas con que la exornaron los artistas á quienes fué encarnizada su construcción. Y júzguese cuál será el mérito enorme de este templo, cuando, á pesar de la restauración sufrida, conserva todavía, íntegras, todas las bellezas de sus primorosos labrados, la perfección de sus archivoltas, la esbeltez de sus columnas y la genuina elegancia de sus ventanales.

Son asimismo admirables el hermoso grupo absidal, verdaderamente magnífico; la cúpula; las dos fachadas laterales con sus hermosos pórticos, y los torreones que limitan la imafronte. Es, en suma, este templo, un ejemplar curiosísimo del arte románico, y un modelo de inestimable valor de aquella arquitectura, en la que se reunían la austera y elegante



Perspectiva de conjunto

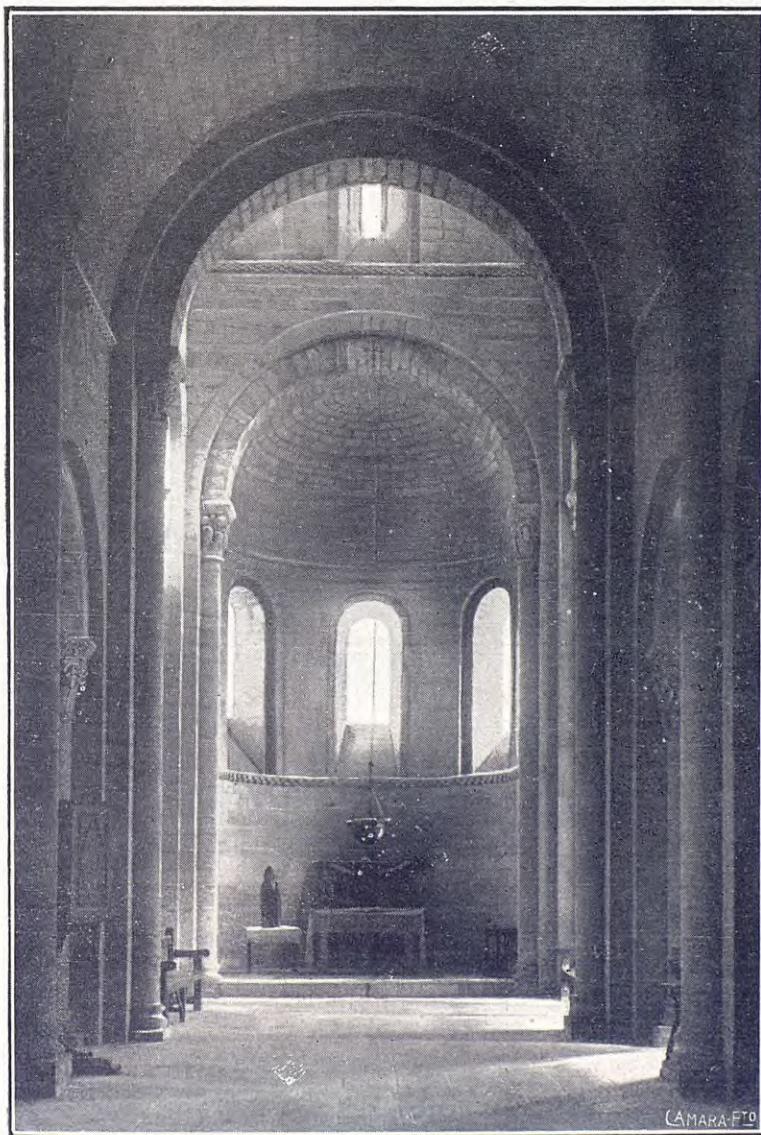
sencillez y la belleza clásica.

La iglesia de San Martín, de Frómista, cerróse al culto hace más de cuarenta años, y en 1895, tres años antes de realizarse la reforma á que hemos aludido al comienzo de estas breves líneas, fué declarada monumento nacional.

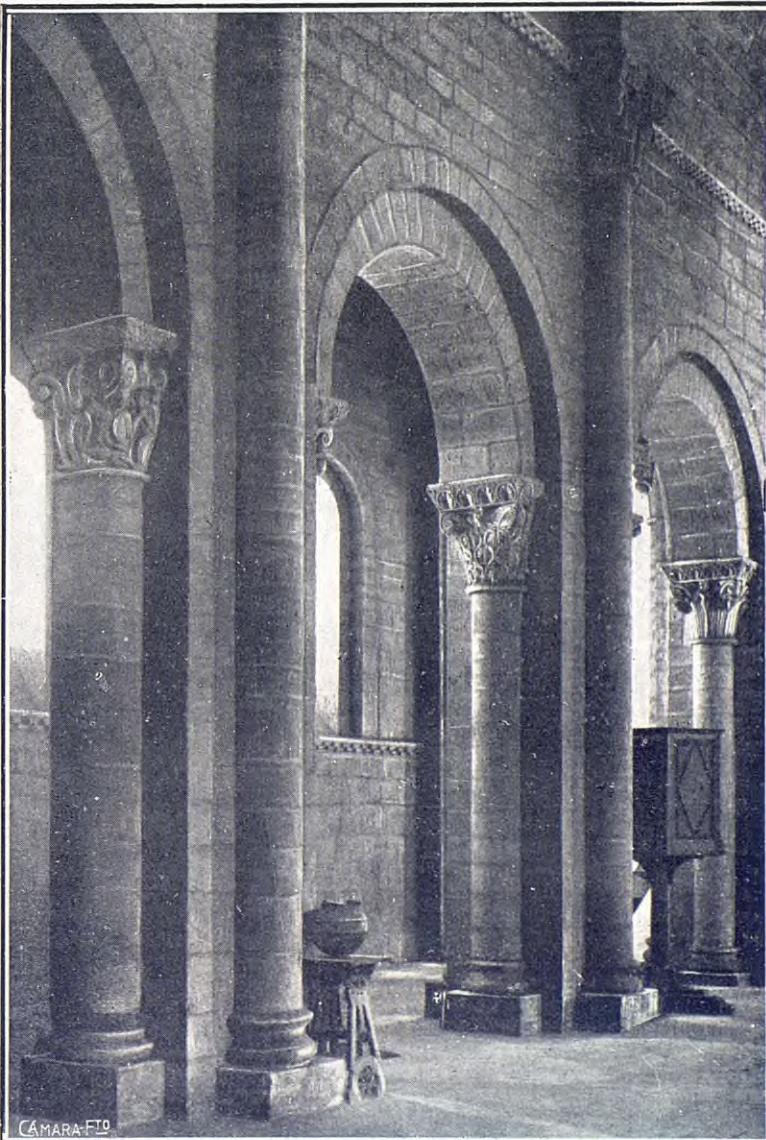
Actualmente es visitadísimo este templo por los numerosos turistas extranjeros que recorren la región palentina, ganosos de contemplar por sí mismos los innumerables tesoros que guarda esta comarca, testigo de tantos hechos famosos en la Historia, y poseedora, como pocas, de viejas leyendas y añejas tradiciones llenas de un singular encanto y de una deliciosa ingenuidad.

Siguiendo el propósito que nos hemos impuesto, iremos dando á la luz en estas páginas todo cuanto de notable existe en la hermosa provincia de Palencia, una de las que más justamente merecen ser objeto de nuestra atención, y de la que nos ocupamos con alguna mayor preferencia, por ser, entre todas las de España, una de las que poseen mayor número de monumentos arqueológicos, la mayoría de los cuales permanecen casi desconocidos, por estar situados en apartados pueblecillos, á los cuales, no sin grandes dificultades, puede llegarse, ya que los medios de comunicación con que cuentan son escasos y muy deficientes.

ABELARDO QUINTANAR



Nave principal



Nave del templo

FOTS. LUIS R. ALONSO



LAS MAJAS DE AHORA

Majas de Goya, majas gentiles,
gloria y encanto de nuestro suelo,
las que vencisteis á los franceses
con vuestro ardiente mirar de fuego.

Mozas bravísimas de rompe y rasga,
de airoso porte, de talle esbelto,
como los lirios de los abriles
que el aura besa con casto beso.

Majas aquellas del Dos de Mayo,
dignas consortes de los chisperos,
las que aplaudisteis de «Pepe-Hillo»
el inquietante bravo toreo...

¡Ay! De vosotras, majas gentiles,
hoy solamente queda el recuerdo
que, para asombro de las edades,
un sordo insigne dejó en sus lienzos.

Porque las majas de aquel talante,
todo hermosura, todo graciejo,

las que en las rudas lides de amores
al adversario siempre rindieron;

las que á los condes y á los marqueses
de más ilustre rancio abolengo
encadenaron á sus miradas
del sol radiante vivo reflejo,

tras de dejarnos en nuestras almas
las hondas huellas de sus recuerdos,
quedaron todas desvanecidas
entre las brumas del tiempo viejo.

Después de aquella fecha que evoco
vinieron días y gustos nuevos,
y entre las ruinas de aquel pasado
nuevas manolas reverdecieron.

Y aunque las majas que hoy contemplamos
sólo de aquéllas son un remedio,
en honor de ellas lanza las notas
más afinadas que haya en mi plectro.

También hoy lucen la alba mantilla,
que da á los rostros tonos goyescos;
también hoy visten la falda corta,
que lleva al mundo de los ensueños.

Majas divinas que al siglo veinte
le dareis, pródigas, renombre eterno,
y para encanto de nuestros ojos
en día fausto nos mandó el cielo.

Majas de ahora, las que en los ojos
llevan promesas de hondos misterios,
majas que brindan con sus amores
sueños de gloria, goces supremos,

¡Fástima grande que, por desgracia,
no hayais podido ser el modelo
de aquel insigne pintor baturro
á cuyas plantas se postra el Genio!

DIBUJO DE OCHOA

MANUEL SORIANO

LA ESFERA

FIGURAS DEL PERIODISMO



EL INSIGNE CRONISTA LUIS BONAFOUX

CARICATURA DE LEAL DA CÂMARA

CALLE
ARRIBA

GLOBOS Y BANDERITAS

Yo he envidiado muchas veces, con toda mi alma, al célebre Príncipe de la Paz; pero no por su juventud bella y triunfadora, ni tampoco por sus riquezas, ni por su omnímodo poder, ni siquiera por su título preclaro y simbólico. Yo he envidiado en Godoy la vejez obscura, defendida por el incógnito, amparada por el ocio tranquilo, sus tardes otoñales y melancólicas en que el viejo dominador de Reyes se sentaba en un banco de piedra del perfumado jardín del Luxemburgo para ver jugar á los niños. Si hubiera escrito las memorias de estos últimos días, tendrían un incalculable valor, serían un estudio acabado de la psicología de la primera infancia, es decir, de la Humanidad sin máscaras hipócritas, hecha por un hombre que conocía ya bien las reconditeces más manidas y pérnidamente secretas del corazón humano, por un observador imparcial que había saboreado las mayores satisfacciones de la vida y también las más fuertes ingratitudes; que sabía de la vanidad de las cosas y del valor de la ingenuidad.

Pocos hombres han podido, como Godoy y como D'Amicis, estudiar la primera infancia; Godoy pudo hacerlo mejor que todos los pedagogos juntos, porque lo hacía sin plan preconcebido. ¡Cuántas cosas interesantes hubiera podido referirnos acerca de esos pequeñuelos en cuyo espíritu re-concentrado está la reminiscencia de lo Infinito. Los niños muy pequeños pudieran, tal vez, antes de perder la memoria, revelar-

nos el eterno misterio. Por eso no hablan. Por mi parte, he observado que hay pocas cosas en el Universo que atraigan más pronto la atención de los niños en cuya indumentaria no se advina el sexo, como los globos y las banderas. Se dirá que ello estriba en los colorines; no es exacto; probad á darles globos de colores oscuros y banderas negras, como las de los antiguos piratas (los modernos también usan el colorín) y veréis que tienden hacia estos juguetes las manos con igual ansiedad y solicitud. Más bien parece que los buscan porque ondean y porque flotan. Una cosa que ondea ó que flota en el aire, es algo que tiende á elevarse sobre la costra de la tierra, hacia el ancho azul, de que, tal vez, procede el espíritu de los niños; algo que nos recuerda nuestra condición de inmortales y nuestra tendencia irresistible á sondear el espacio incommensurable. Ello es que todos, si olvidamos las preocupaciones que nos absorben, también quisiéramos tender la mano hacia esas esferitas de goma que, llenas de hidrógeno ó gas del alumbrado, tienden á emprender un viaje majestuoso y triunfador á las capas superiores del aire, en donde forzosamente habrían de estallar y recírcirse á un trozo de materia grávida y desprecia-

ble, como todo lo que sube por una fuerza que no le es inherente y peculiar.

Los niños más pequeños dejan escapar los globos adrede, porque lo que les satisface es verlos subir, y así sus progenitores ó encargados han de cuidar muy bien de sujetar cuidadosamente el hilo tenué que los retiene; los nenes mayorcitos sujetan el globo, porque saben que, una vez suelto, no volvería, pero sintiendo haber hecho tantas veces la prueba sin resultado. En cuanto á los hombres que se llaman formales, fabrican otros globos con los cuales no piensan ya en divertir á los niños, sino en matarlos. ¡Qué lástima que estos niños se hagan hombres! Y qué dolor que estos bellos juguetes, evolucionando, acaben en máquinas!

Con una bandera en la mano, todo niño se torna, como Radamés, vencedor, y como Constantino, cree que su victoria estriba en el lábaro. Una

cedor, es decir, el niño, á pesar de imitar con la boca el estampido del fusil y el cañón, tampoco hace víctimas. A enemigo que huye, puente de plata; regresa de su correría satisfecho, sin mirar si en el suelo hay muertos, porque no puede haberlos. El grandullón que finge que se desploma y hace del difunto, sin perjuicio de resucitar y reanudar la lucha á mamporros, está malado por la instrucción, no es verdadero niño. Un Bernard Péres sacaría de aquí consecuencias interesantísimas.

Hay fabricantes de juguetes y comerciantes lerdos que pintan ó engrudan soldados en marcial golondrina sobre los banderines; no se pasan de linceos; el niño rechaza el absurdo de que los ejércitos se encaramen á las oriflamas; los soldados son ellos. Además, los niños no entienden de símbolos; esa es otra equivocación de los jugueteros y los educadores. El símbolo, que acaba por

usurpar su lugar á lo representado, es otra degeneración del buen sentido, impuesta por la caducidad, y en ningún caso puede admitirse, aun cuando lo fuera la bandera, un símbolo sobre otro símbolo. Para el niño, la bandera no es ya un emblema, es la razón misma, que triunfa por sí sola sin armas y á la cual sobran letras y muñecos, porque es cosmopolita, y, en frente de ella, no puede haber otra.

¡Ah, si el niño creyera que todas las banderas no eran lo mismo! Pediría primero una bandera, y, luego, lloraría porque su padre no rompía todas las demás; que

es, después de todo, lo que han hecho los grandes Césares. Los vendedores de estos juguetes son, en general, viejecitos simpáticos ó mujeres humildes y laboriosas, que prodigan á los niños consuelos y caricias. También suelen fabricar juguetes de papel, en forma de girándula, molinillos, que dicen los niños, cometiendo una singular metonimia; pero estos lindos artefactos de papel arrollado comienzan por deslumbrarlos con sus vueltas vertiginosas y acaban pronto por aburrirlos. Ignoran las fuerzas que puede desenvolver y transformar el giro de un cuerpo sobre un eje, y aun, en este conocimiento, van los hombres demasiado despacio. Sin embargo, este siglo es ya y puede llamarse el de los saltos de agua, como el próximo será acaso el de los motores eléctrico-atmosféricos.

Globos y banderas. ¡Cómo nos recuerdan los días rosados de la infancia y cómo nos atemorizan con las visiones de una conturbada vejez! Pero los viejos pueden también seguir siendo niños y ser, como Godoy, más felices que cuando un diplomático les dice: «Dígnese escuchar Vuestra Alteza», cuando un muñeco de cuatro abriles le increpe desenfadadamente: «¡Oye, tú!»

ANTONIO ZOZAYA



Un puesto de globos, banderitas y otros juguetes, en el Retiro

FOT. SALAZAR



MOMENTOS HISTÓRICOS LAS VIRTUDES DEL AGUA

(Del diario de un palaciego)



La salud del Príncipe de Asturias, en quien el pueblo, impresionable y novelero, piensa ver otro San Hermenegildo, va cada día más cuesta abajo, y no sé yo si llegará al verano del trono tan raquítica simiente de monarca.

Nunca desde muchacho fué Dios servido de concederle largos días de bienestar, que no hubo enfermedad infantil que no se recrease en su cuerpo. Así, de este continuo estado enfermizo, tengo para mí que le nace el mal humor é inclinación un tanto perversas; ve que la Naturaleza no se muestra amable con él y él se cree autorizado para serlo con sus inferiores, que desto viene el tratar mal á la servidumbre y martirizar á los inocentes animales.

Todo es ojos y narices.

Hartas veces (por razón de mi empleo cerca de su persona) he visto en su cámara, sentado ante un balcón de los que dan sobre el Campo del Moro, la vista fija en la lejanía, inclinada la cabeza sobre el pecho y con la punta de un puro en la boca, que no tirara della con más garbo un mayoral de postas.

Cierto que imponía aquel rostro grande y movedizo. No parecía sino que hablaba á fuerza de muecas.

Los afectos familiares le conviven poco. Bien es cierto, si todo ha de decirse, que el amor de sus augustos progenitores le ha salido contadas veces al encuentro.

El Príncipe de la Paz y los montes de El Pardo y Riofrío tienen de muy antemano comprada la atención de Sus Majestades.

El Infante Don Antonio Pascual, su tío, es quien únicamente acompaña y diestrae largas horas, refiriéndole chismes de baja intriga, contándole su última conquista entre las mozas de retrete y haciéndole encumbrado panegírico de los postres que ve preparados en la repostería...

Yo no sé qué amanños traerá con el Príncipe su preceptor D. Juan Escoiquiz. Solos pasan largas horas, y ya parece que el bueno del Rey ha comenzado á entrar en sospechas y anda mirando la forma de separarles sin dar un cuarto al pregonero.

...

Luego de la siesta, ya á la caída de la tarde, sale Su Alteza en coche con el canónigo y su capitán de guardias, y vanse camino de Alcalá arriba, que es su paseo favorito.

En llegando á los olivares apéanse y encamínanse á la Fuente del Berro, donde ya hay quien espera.

Chamorro, el aguador de más gancho de cuantos reparten por las casas pudientes las claras liras de aquella agua escondida...

Gusta mucho Fernando desta amistad, y en cuanto llega y permite que el villano diga tres ó cuatro chocarreras de mal gusto, apártase con él y solos, como dos camaradas de la misma alcurnia, pasean, llegando hasta el puente de las Ventas.



CAMARAFITO

Retrato de Fernando VII, por Goya (Museo del Prado)

No hay quien no los vea que desde luego no los dipute por mellizos. Aunque no en la estampa, en el espíritu son idénticos.

Mi protector el Príncipe de la Paz piensa harito mal destas amistades de Su Alteza, pero no logra (aunque cosas más difíciles ha logrado hasta ahora) que tengan eco en los corazones de los reyes.

Estos señores son muy suyos y les hace muy poca gracia que les hablen de las faltas de sus hijos.

No se me olvidará un incidente que presenció siendo paje del Conde de Aranda, entre el Rey Don Carlos III y un maestro del Infante Don Antonio.

Quejábasele el profesor de la desaplicación del augusto discípulo y enumeraba respetuosamente los daños que esto podía acarrearle, porque ya pasaba de niño.

Escuchó la queja Su Majestad, y luego de un momento de pausa, dijo:

—Una vez diéronle á mi padre (que santa gloria haya) una queja de este mismo orden respecto á mí, pues no te pienses que yo fuése de muchacho un modelo de aplicación. Mandóme llamar, y así como me tuvo en su presencia, míróme fijamente, cosa que me hizo temblar, porque yo no

pude resistir nunca el poder de sus ojos sin bajar los míos: «Conque el Infante no quiere estudiar», preguntó al dómico. «Sí, señor», respondió éste. A que replicó mi padre, abandonando la cámara: «Pues que no estudie...» Eso es cuanto puedo yo responderte respecto á mi hijo.

...

Chamorro ha comenzado ya á subir la amplia escalera de su fortuna llevado de la mano del Príncipe. El y Ugarte, el esportillero, parece que han de ser las dos más firmes columnas sobre que sustente el próximo reinado.

Entre éstos, el duque de Alagón y el canónigo, tengo para mí que están labrando el porvenir de España.

El ex aguador, como suele ocurrirle á toda la gente humilde que se encumbra impensadamente, tiene muy poco afecto para los de su antigua categoría, y trata á pájares, criados y mozos ni más ni menos que si fuesen esclavos negros.

Por ahora, su ocupación no es otra que darlas de bufón y espía de la servidumbre, golosnear en las cocinas, en rivalidad con el Infante Don Antonio, y traer la alta y baja de los afectos y desafectos de Su Alteza.

Los antiguos servidores de la Corona que hemos asistido á los esplendores y étiquetas del difunto Don Carlos III, estamos ahora como gallina en corral ajeno, porque la autoridad de su hijo es tan pasiva y débil, que apenas si hace fuerza en los destinos de la nación.

Gobiernan la Reina y el favorito. El Rey se divierte y el Príncipe conspira.

Yo no sé qué va á pasar aquí, si Dios no nos tiene de su mano, que pienso que no, porque es lo que yo digo, bastante tendrá con entender en su república...

Pronto ha de verse, pese á todo, porque el tiempo va haciendo su labor y pone boca arriba las cartas en todo juego.

...

No se trata cosa en la complicada máquina de lo diplomacia española que no lleve el visto bueno del aguador.

¡Válgame el santo del día, que nunca vi subir el agua á tan considerable altura, ni en las más graves inundaciones!

Más está ganando el señor Pedro Collado, alias Chamorro, con la sangre de la Fuente del Berro que cuantos taberneros hay en España... Veremos cómo esto acaba, sino es que llevamos todo la delantera.

Seguiré escribiendo, si Dios es servido.

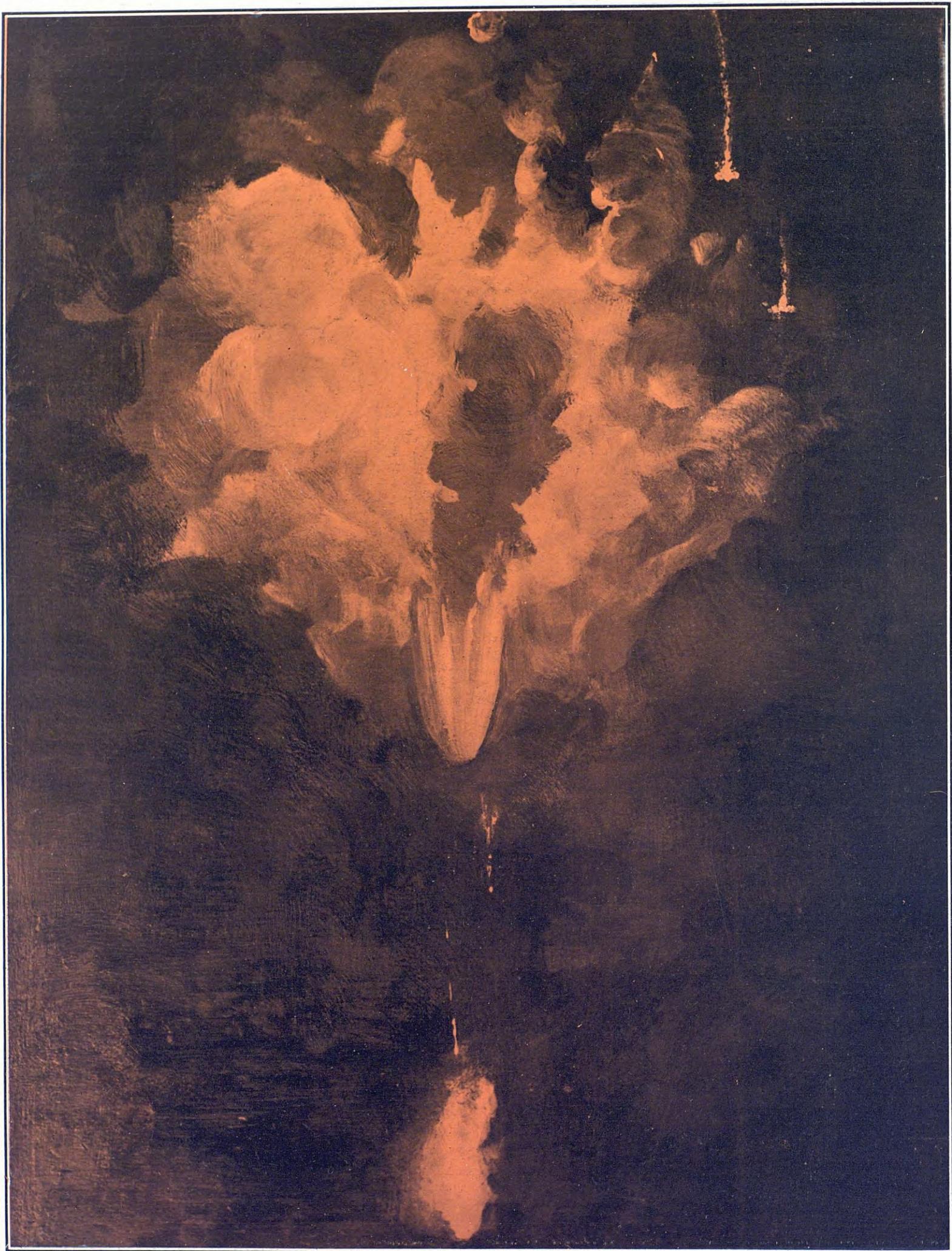
Esta tarde salimos para El Escorial... Parece que hay mar de fondo.

Entre Godoy y Escoiquiz, que es hechura suya y así como se ha visto en la cumbre le ha dado cantonada, hubo ayer algunas pesadumbres en las que salieron muy notables cosas...

Por el hailazo,
DIEGO SAN JOSE

LA ESFERA

ESCENAS DE LA GUERRA



INTERESANTÍSIMO DIBUJO DE MATANIA, QUE REPRESENTA EL MOMENTO EN QUE UN "ZEPPELIN" CAE A TIERRA DESTROZADO POR EFECTO DE LOS DISPAROS DEL ENEMIGO

El suceso á que se refiere el dibujo tuvo lugar en los primeros días de Octubre en Potters Bar, y pudo ser sorprendido por Matania por vivir este ilustre artista en las proximidades del lugar de la currencia

BELLAS ARTES

UNA EXPOSICIÓN INTERESANTE

RESPONDiendo á este creciente y reciente interés que empiezan a despertar en España los asuntos artísticos, se celebran frecuentes exposiciones de cuadros antiguos. A semejanza de los procedimientos de venta en las grandes subastas del extranjero, paralizadas ahora por la guerra europea, ya existen en Madrid dos ó tres casas que emplean las ofertas del comprador y la subasta pública.

De entre todas se destaca, por la selección de obras y por la acertada clasificación de ellas, la establecida en la calle de Peligros, número 7, 1.^o

Cerca de ochocientos cuadros expone actualmente y con una gran modestia y una honradez estética poco frecuentes, se abstienen los que la ofrecen de clasificaciones y afirmaciones poco concretas que en materia de pintura antigua suelen ser aventuradas y peligrosas.

No obstante, apenas entramos en la exposición nos damos cuenta de que podrían hacerse deducciones y suposiciones acerca de escuelas y autores que no irían muy desacuñadas de la verdad. Empaque serio y grave de museo tienen muchos de los lienzos que encontramos, y á poco entendido en pintura que sea el visitante, daría nombres á las innombradas obras.

Dentro de cuatro siglos pueden clasificarse. Desde tablas del siglo xv hasta esos retratos románicos de mediados del siglo xix, que nos recuerdan la época melancólica de nuestros abuelos.

Y una gran diversidad de escuelas también. Plácidos paisajes holandeses, bodegones de rancio y austero clasicismo, piadosos asuntos místicos italianos ó españoles, caballeros de austera traza castellana y galantes versallismos del xviii francés.

Lentamente vamos pasando revista á las obras y aquí nos sorprende una identidad casi indiscutible y más allá encontramos algo que nos arranca una exclamación de asombro, que á pocos pasos adelante se cambia en silenciosa contemplación frente á un lienzo de posible autenticidad.

Así mencionaremos algunos de los cuadros vistos en la actual exposición, que muy bien pu-

"Lucrecia", cuadro atribuido á Leonardo de Vinci

dieran ser atribuidos á maestros del arte pictórico ó clasificados por lo menos en escuelas claramente definidas. No afirmaremos rotunda é irrecibidamente, porque ello equivaldría á una certeza que no puede adquirirse en una simple y rápida visita. Pero nada impide que la fantasía, apoyada en sólidas coincidencias, aventure algunos juicios.

¿Acaso, por ejemplo, este *Limosnero* del Hospital de Sevilla, tan rigurosamente realista, no pudo haber salido de los pinceles de Valdés Leal? La sobriedad del colorido, la complacencia en los negros y grises, la obsesión del gran sevillano por pintar rostros de muertos que empalidece hasta un punto casi repulsivo la faz del retrato, parecen encontrarse con toda su integridad en este *Limosnero*.

Acude á la memoria, frente al cuadro titulado *Santo con niños* el fogoso brío, la cálida coloración y el vigoroso dibujo de Herrera el Viejo. Nos sonríe la dulce memoria de Eugenio Fomentin, el autor de *Maitres d'autrefois*, con sus visiones del Oriente lejano, al ver esta caravana detenida al pie de las pirámides y de la esfinge, bajo un cielo implacablemente azul. Los nombres de los maestros menores del dieciochocentismo francés surgen también frente al lienzo *La recolección*, que bien pudo servir de modelo para un lindo tapiz de aquellos bucólicos á que tan aficionados eran marquesitas, abades y poetas.

También pudiera ser de la misma mano de Juan Carreño de Miranda el *Carlos II*, pálido, enfermizo, con su triste belfo, sus cabellos de miel y su traje negro, fraternos de los que muestra el conservado en el Museo del Prado.

Varios nombres brotaron igualmente de la contemplación de *La casta Susana*, asunto de tan gloriosa tradición en la historia del arte. Todos

ellos italianos. Este lienzo admirable es de la mejor escuela italiana. Sus tonos cálidos, pomposos, su espiritualidad en la armonía cromática y en la actitud de las figuras, la expresión de los rostros, divinizada su humanidad y dulcificada los diversos sentimientos por una serenidad heredada de los tiempos clásicos, así lo atestiguan.

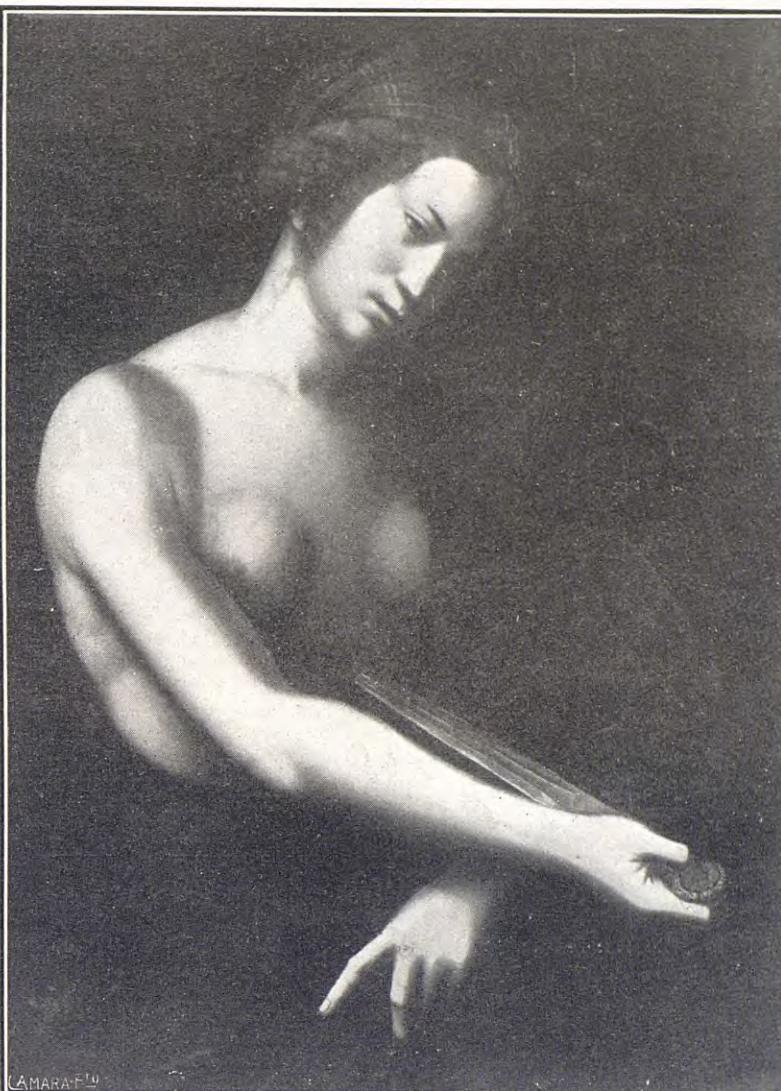
Y, por último, llegamos á lo que pudiera considerarse la joya de esta exposición interesante: al cuadro que se destaca de entre todos de una manera extraordinaria y que en una venta extranjera habría sido clasificado desde el primer momento por los marchantes como de...

¿De quién? Vamos con tiento. Es un cuadro inquietante y sugestivo este de la romana Lucrecia dándose muerte después del ultraje de Sexto Tarquino.

Se piensa al principio en el lombardo Bernardino Luini, algunas de cuyas obras pudieron pasar en ciertos momentos como del propio Leonardo de Vinci. Pero bien pronto se desecha la suposición. He aquí el dibujo tranquilo y fuerte, la hábil repartición de luces y sombras, el hundir en penumbra los paños para que resalten las carnes desnudas, la complacencia en la ambigüedad androgina del modelo. ¿No son todas éstas las cualidades del autor de *La Gioconda*? Ante este brazo casi varonil que, medio ocultando un delicioso pecho femenino, hunde el puñal en la carne mancillada, ¿no puede evocarse aquel otro brazo del *San Juan Bautista* enigmático? Estos ojos que lloran más de vergüenza que del cruento dolor físico, ¿no fueron vistos en los mismos ojos que nos contemplan desde los personajes masculinos de Leonardo, que parecen mujeres, y que sonríen con la sonrisa eterna, enloquecedora, de Mona Lisa?

Sin embargo, nosotros no afirmamos nada. Sugerimos solamente. Ahí tiene la Tabla misteriosa y atrayente, como atrayentes y misteriosas fueron cuantas creó el más grande de los artistas que conociera la corte de Ludovico el Moro.

S. L.

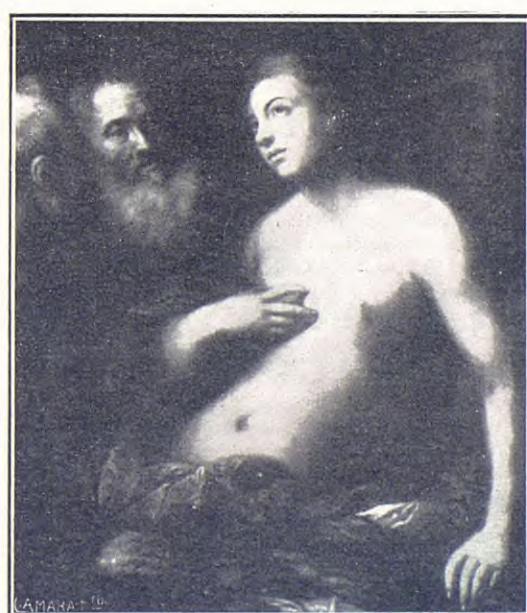


(AMARAT M)

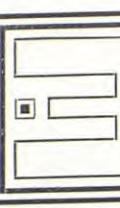
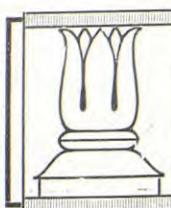


(AMARAT M)

"Carlos II de España", retrato atribuido á Juan Carreño

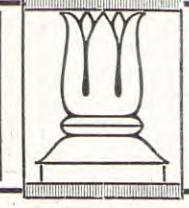


"La casta Susana", admirable lienzo de la escuela italiana



LOS GRANDES PIANISTAS ESPAÑOLES

RICARDO VIÑES



ENTRE el grupo de músicos españoles que viven en París: Riéra (profesor del Conservatorio), Nin, Monistrol y otros menos significados, sobresale nuestro admirado pianista, Ricardo Viñes, propagandista de la música moderna de piano de las escuelas francesa y rusa y española contemporánea.

Los compositores modernos franceses, tales como César Franck, Debussy, Vincent d'Indy, Fauré, Séverac, Chabrier, Ravel, Chausson, Schmitt, Ducasse, Roussel; los rusos Mousorgsky, Borodine, Balaquiereff, Glazounoff, Rinsky-Korsakoff, Liagdoff y los españoles Albéniz, Granados, Falla y Turina, han sido impuestos por Viñes, con abnegación apostólica, á los públicos cultos de París, Londres, Berlín, Viena, Madrid, Bruselas, Ginebra, Barcelona, Oporto, Florencia, Génova y otras capitales europeas, siendo admiradas en todas partes sus bellas y personalísimas interpretaciones, produciendo verdadera sensación.

Nació Ricardo Viñes en Lérida el 5 de Febrero de 1875. A los doce años, después de haber hecho sus primeros estudios con el organista Terraza, asesorado por su padre, abogado y distinguido músico, obtuvo el primer premio de piano en el Conservatorio de Barcelona, donde fué discípulo de Pujol, maestro de pianistas catalanes de la talla de Albéniz, Malats, Granados, Riera, Calado, Vidiella y otros muchos.

Pensionado para perfeccionar sus estudios en París, ingresó en el Conservatorio en las clases de Godard, Lavigna y Bériot.

En 1894 obtiene el primer premio de piano como alumno de la clase de Bériot, comenzando para Viñes una era de triunfos inolvidables que son otros tantos jalones en la carrera del artista catalán.

En la Sociedad Nacional de Música, en la Schola Cantorum y en el Salón de Otoño alcanza sus primeros éxitos como concertista de piano.

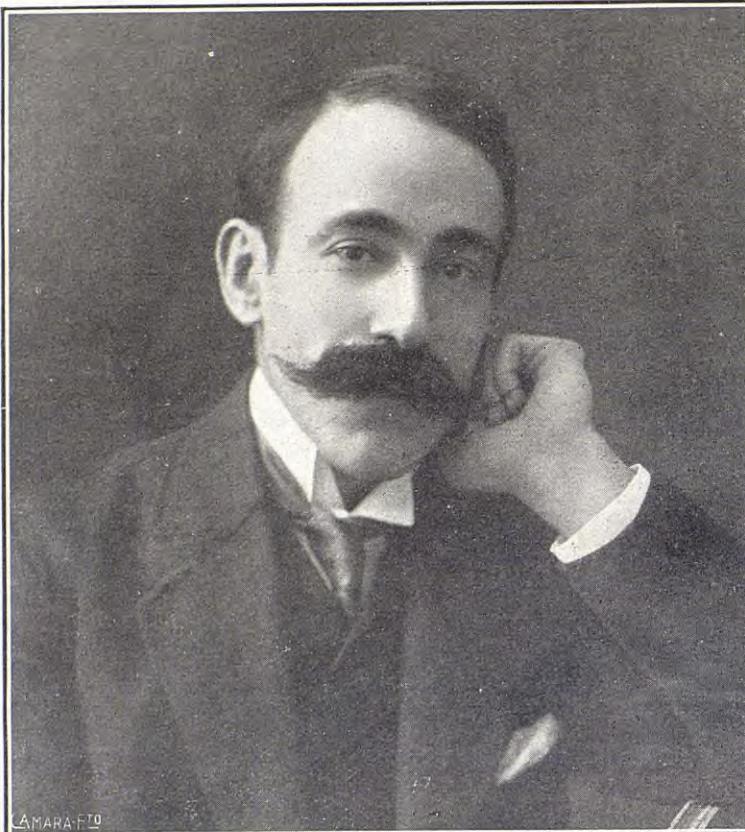
Más tarde toca con la orquesta del Conservatorio de París y toma parte en los conciertos Lamoureux y Colonne, consagrando su reputación; y alentado por su mecenas, el doctor Fauvel, que le había presentado en la alta sociedad de París, comienza sus excursiones artísticas por Europa, dando á conocer las obras de la nueva literatura pianística.

Sus sesiones en casa de la princesa de Polignac, pianista compositora avanzada, protectora de los artistas parisienses, son frecuentes e interesantes.

Viñes es estimadísimo por el grupo de compositores franceses contemporáneos, entre los que tiene muchas simpatías por sus aptitudes artísticas y sus cualidades morales é intelectuales, por la afabilidad y sencillez de su trato y por su cultura, poco común entre artistas ejecutantes. No interpreta con emoción y arte si no fuera un artista de espíritu cultivado.

Conoció a Viñes hace unos tres años estudiando en la sala de pianos de la Unión Musical Española y quedó encantado del bello sonido que obtenía bajo la presión de sus dedos, que tienen la fuerza de un Hércules y la delicadeza de una mujer espiritual; el encanto particular que comunica á las obras modernas: colorido, fantasía, fuego, claridad, inteligente empleo de los pedales, sentido del matiz; por todas estas cualidades se distingue el temperamento de Viñes, servido por una técnica artística sólida y brillante.

Nuestro ilustre pianista no es sólo un especialista en la interpretación de los modernos; su talento de intérprete



RICARDO VIÑES



Interesante fotografía de Viñes y Granados, hecha en 1889 en el Hotel de Cologne et d'Espana

tiene diversas facetas. Las interpretaciones de Schumann y Chopin, con motivo del centenario de estos dos célebres pianistas-compositores, llamaron la atención en París, mereciendo artículos encomiásticos de Séverac y de Ravel, que son también cálidos y brillantes escritores.

Sus cuatro sesiones históricas dedicadas á la música de teclado desde sus orígenes hasta nuestros días, verificadas en París en la sala Erard en 1905, fueron un acontecimiento. Desde la música austera de Antonio Cabezon, organista de Felipe II, y del originalista inglés Purcell, pasando por los espirituales y elegantes clavecinistas franceses é italianos Raméau y Couprein y Scarlatti y Frescobaldi, y los grandiosos alemanes Handel y Bach, á la más refinada y sutil de los franceses contemporáneos. Mozart, Beethoven, Liszt, Brahms y nuestros Albéniz y Granados, todas las escuelas y todas las tendencias fueron abordadas con fortuna por Ricardo Viñes, que al igual que Antonio Rubinstein, realizó en estos conciertos memorables un verdadero *tour de force* artístico.

Hay que hacer constar con elogio, que en los programas de Viñes figura, por lo general, algún nombre español. Este ejemplo, digno de imitarse por los concertistas españoles, merece alabanzas. Yo le aconsejo quepersevere en su patriótica obra de difundir por el mundo la música española. ¡Son tan pocos los artistas españoles que interpretan obras de sus

compatriotas!... Si el público ha admirado el arte de Viñes, la crítica le ha juzgado siempre con unánime aplauso, y en *Música, Comedia, Le Petit Journal, Excelsior, Paris-Midi, Le Courrier Musical*, en la *SIM* y en otras publicaciones francesas importantes, hemos leído juicios muy halagüeños que revelan la consideración que se le tiene y el mérito que se reconoce á nuestro eminentísimo compatriota en la capital de la noble y heroica Francia.

Maucleire, en sus amenos libros de crítica musical, Aubry, en la obra francesa recientemente publicada, «Los músicos franceses contemporáneos», y Collet (dos cariñosos amigos y divulgadores de la música española en el extranjero), Lalo, el crítico de *Le Temps*, Marnold, el crítico más severo de Francia, en *Le Mercure de France* y Moreira de Sá en el tercer volumen de sus «Palestras Musicales e Pedagógicas», dedican al excelso pianista críticas altamente lisonjeras, de las que pueden enorgullecer á un artista, aunque sea tan modesto como Ricardo Viñes.

Viñes ha sido muchas veces Jurado en los concursos á premios de los Conservatorios de París, Génova y Lille; ha tenido también la satisfacción de asistir á un homenaje celebrado en su honor y en el del ilustre Granados en la ciudad natal de los dos esclarecidos artistas, en Mayo de 1911. Viñes y Granados, los dos de Lérida, conservaron desde su infancia una fraternal amistad.

En España ha dado conciertos en las principales capitales, en las sociedades filarmónicas, en el Ateneo de Madrid y en la Sociedad Nacional.

Actualmente toma parte en todos los beneficios que se celebran en París por los heridos de la guerra, y lo hace con un cariño tan intenso como el que sienten en esta hora trágica por Francia la gran mayoría de los artistas españoles.

Viñes es otro músico de los que honran á España en el extranjero.

ROGELIO VILLAR

POR LA COSTA BRAVA ☽ EL TORREÓN DE SAN JORGE

EL gusto aristocrata de un noble hacendado vislumbró en los bordes berroqueños de esta tierra costera, el lugar feliz donde acariciar ensueños y rumiar ventura, y en el sitio donde confluye á raudales la poesía, edificó un torreón que emerge junto al mar, dominando una bahía.

Se destaca, perpendicular al agua, sobre peñascos erizados y salvajes, entre cuyo musgo nacieron pinos que recubren de verde el murallón y hacen resaltar el blanco de sus almenas ralas.

El conde de San Jorge, que no logró gozar su delicia soñada, permitió el acceso al gentil lugar; la muerte fué con él menos generosa y le vedó la delicia que nosotros disfrutamos.

Es un lugar recoleto de placentero estar: la madre Naturaleza lo mimó con predilección.

En un momento vespertino, se recoge la impresión dulce y bienhechora que halaga con caricias de amor. Se amasa en calma sibarita un sentimiento arrobador de intensa dicha: la alegría de vivir inunda el alma con efluvios pasionales de emoción...

El azul del cielo y el ambiente diáfano, limpísimo, dan suave tono de color á la superficie del mar; los confines de basálticas rocas, eternamente asaltadas por las olas, platean con la espuma los grises rocosos de su corteza. Filtrando en las arenas de la playa, se ex-



Playa de San Jorge en San Feliú de Guixols

á él la iluminación de un barco grande que cruza hacia Marsella. ¿Llegará? Es espontánea la pregunta; en el sitio donde se halla tuvieron ayer su sepulcro dos vapores mercantes víctimas de un submarino que aterroriza la bella costa catalana. Una escuadrilla de audaces lanchas pescadoras se esparce en alta mar, luciendo faroles diminutos que semejan fuegos fatuos en el oscuro horizonte marino.

Y cuando ya tenebroso el paisaje cercano, se mira con tristeza en la lejanía del mar, allá, donde confluye con el cielo, se marca un punto luminoso entre la bruma, que clarea por instantes las nubes hacinadas. Es la reina de la noche, que se anuncia iluminando las aristas; es primera una luna lechosa, que vence con fulgor de luz triunfante y se alza al fin soberana iluminando el mar.

Rielando en las aguas gelatinosas del Mediterráneo, jueguesa un tenue movimiento con fantástico rayo encantador.

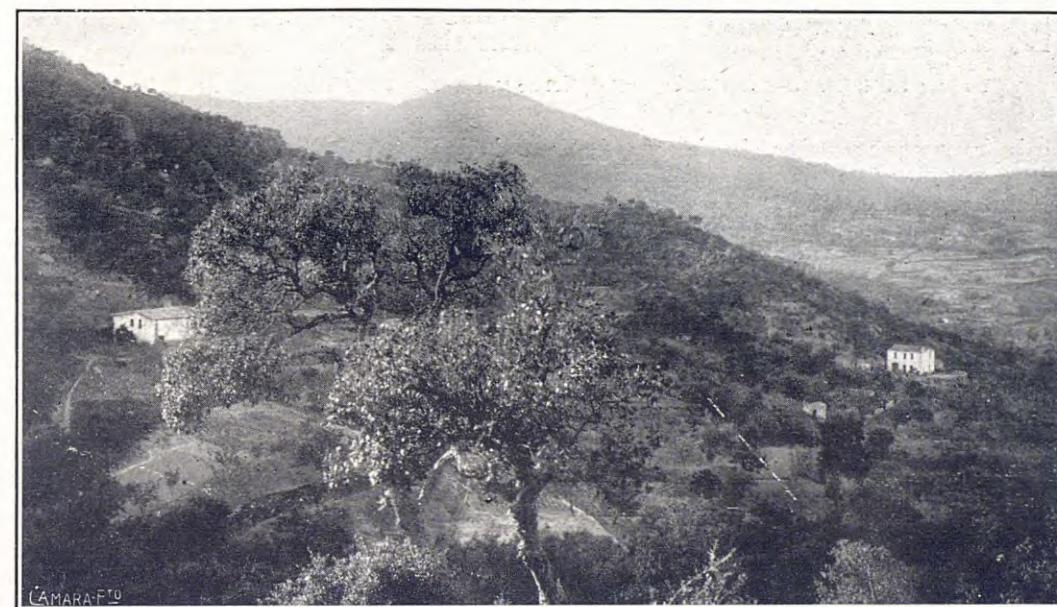
Es indescriptible el efecto que produce en quien tiene abierta el alma á los encantos de la Naturaleza; la imaginación menos fogosa siente aquella poesía... Sin duda por esto, el conde hizo grabar en una almena una inscripción que prohíbe «escribir versos en los muros del torreón».

Lo que no pudo prohibir el noble malogrado fué que quien tuvo la fortuna de admirar aquel paisaje en la hora descrita escribiera para siempre tal belleza en el archivo de sus recuerdos gratos.

Tornábamos á la ciudad y quedaba radiante la luna presidiendo con regia majestad el mar de la poesía, en cuyas aguas mansas reflejaban fantásticos los focos de Palamós y los centelleos cronométricos del faro de San Sebastián...

San Feliú de Guixols (Gerona).

EUSEBIO DIAZ



Montañas en la Costa brava

tienden las aguas espumosas, pareciendo tejer en el reflujo un alto manto que cubre la tierra por ellas alisada. A la derecha se descubre, traspasada la bahía, una cadena de montañas que ondula el horizonte con moles de cima irregular. El verde intenso de la floresta, que las cuaja de fronda, se ennegrece al trasmontar el sol; aún reflejan en el mar los arreboles en policrómica hermosura caprichosa; pero el contraste de la negra cordillera con el tono anaranjado del crepúsculo, es de una belleza singular.

Recoge la mente el último impulso de alegría con la luz postrera solar, cuando, mirando á la izquierda, se admira otro paisaje de mayor dulzura.

Palamós, pueblo asentado en una lengua de tierra que se interna en el mar, ofrece notas de típico color. El aspecto de su caserío frontero á Poniente, le da blancura cuando se pone el sol: situado en el confín de este sitio seductor, tiene el aire de los bellos pueblecitos italianos; parece un extremo del poético Golfo de Nápoles; á lo lejos y cerrando el marco de su silueta, se elevan montes que recuerdan las alturas del Vesubio; las luces del Paseo del Mar reverberan ya en mágica profusión, y allá en lo alto, el faro de San Sebastián, el monte atalaya, centellea lanzando, arrogante, destellos de blanca luz.

Se ve también el faro rojo de la barra, y junto



Perspectiva de Palamós desde el torreón de San Jorge

FOT. SABATER

::: DE NORTE A SUR :::

Exodo infantil

Nueva York pierde sus niños. O se mueren ó se marchan. Y los que quedan ofrecen un trágico espectáculo. Es como si esos hospitales para niños en que los frailes de San Juan de Dios recogen á los tristes herederos de los paternos regocijos, abrieran sus puertas y desparramaran sobre las ciudades los infantiles monstruos. Turbas desoladoras de sordo-mudos, de ciegos, de imbeciles, de llagados por espantosas lacras, de cojos, de mancos, de jorobados, de paralíticos inmovilizados en sus cochecillos que nada tienen que ver con esos otros cochecillos lujosos que las niñeras empujan por los paseos aristocráticos en las mañanas soleadas.

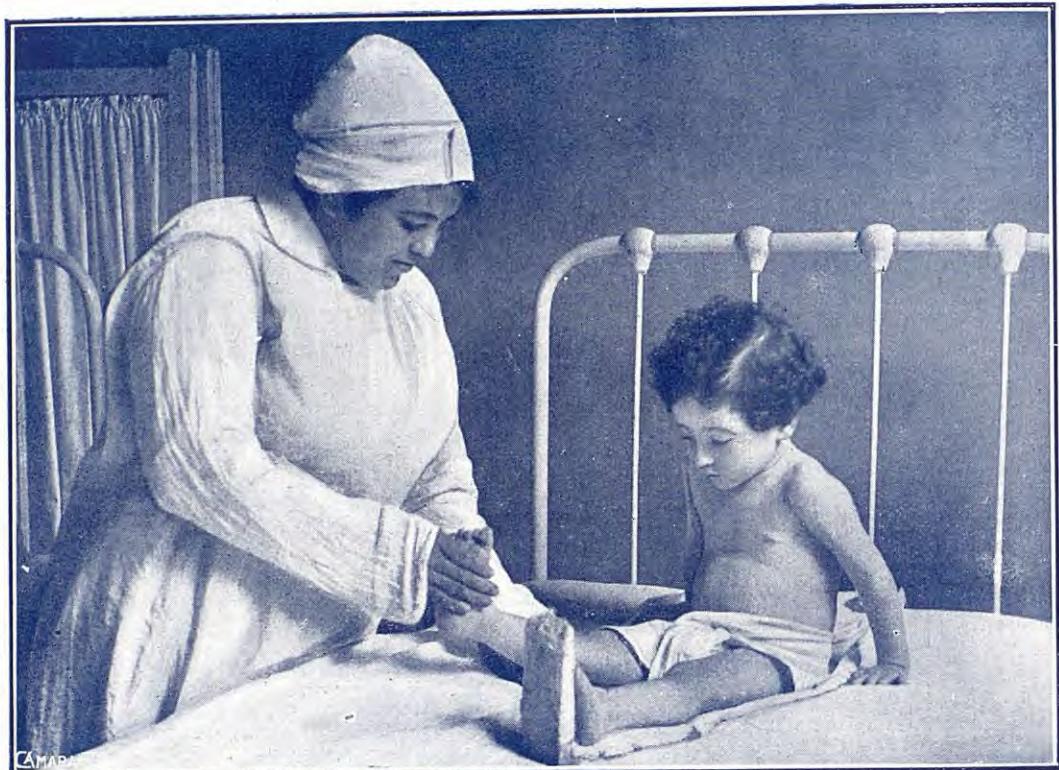
Es un desfile turbador, inquietante, que habla de los cuadros pestíferos de la Edad Media, que nos embruja de terror y de misterio en pleno siglo de profilaxis extremas y supremas higienes.

Europa, que desde hace más de dos años ve morir millones de hombres, se ha estremecido más angustiosamente al saber esta mortandad que la parálisis infantil causa en los niños yanquis.

Se piensa en los posibles y futuros contagios; en que traigan los mares, como en otro tiempo las riquezas del Nuevo Mundo y ahora las municiones mortíferas, el terrible azote.

¿Cómo contar entonces con hombres para las guerras futuras? Atacados de poliomielitis, los niños quedarán inútiles para ser enviados dentro de unos años á la muerte. Y esto es grave, casi tan grave como el que se cruzaran de brazos los operarios de las grandes fundiciones de Alemania, Francia é Inglaterra, ó que las mujeres sustituyan á los hombres en las fábricas y depósitos de municiones, se dieran cuenta de su homicida y vergonzosa ocupación...

Europa no tiene derecho á conmoverse de esta epidemia yanqui. Ni la Europa de las madres que burlan la maternidad ni la Europa de las madres que se entregan á ella con una excesiva y antisocial fecundidad... Europa es como esas viejas envilecidas que después de una existencia disipada y envenenada de todos los vicios, se acoge á la Iglesia y á los medios honorables para escandalizarse de todo y formar ligas contra esto y á favor de aquéllo. No tiene derecho la culpable de tantas orfandas, la que destruye ciudades y pueblos, la que corta manos de niño para que el día de mañana no puedan empuñar un fusil, la que se



La parálisis infantil.—Curación en un Hospital de Nueva York de un niño atacado de poliomielitis

deja vencer por concupiscencias de comerciantes, ó melagómanos imperialismos, no tiene derecho á horrorizarse del espectáculo de Nueva York sin niños.

En cambio, los Estados Unidos, que representan lo más sano del mundo moderno, sí tienen derecho á mostrar su dolor. Porque en ellos todo tiende á las exaltaciones y á las depuraciones físicas. Cultivan al hombre como á una planta productiva, ó como á un bello animal capaz de mejorar su raza.

Y de pronto asoma esto, que es ya algo más de un peligro. No van transcurridos tres meses desde los primeros casos de parálisis infantil y han muerto el veinticinco por ciento de ellos. Del resto se curan muy pocos y la mayoría quedan inútiles para siempre.

El noventa y cinco por ciento son menores

de diez años; el otro cinco por ciento comprende los de diez á diecisésis años.

Todas estas cifras no pueden ser más inquietantes. Se clavan en el cerebro, buscando el rincón de las pesadillas. Cerramos los ojos é imaginativamente empieza el desfile de criaturas deformes, de los muñequitos débiles, indefensos, frente á la miseria fisiológica que les ataca.

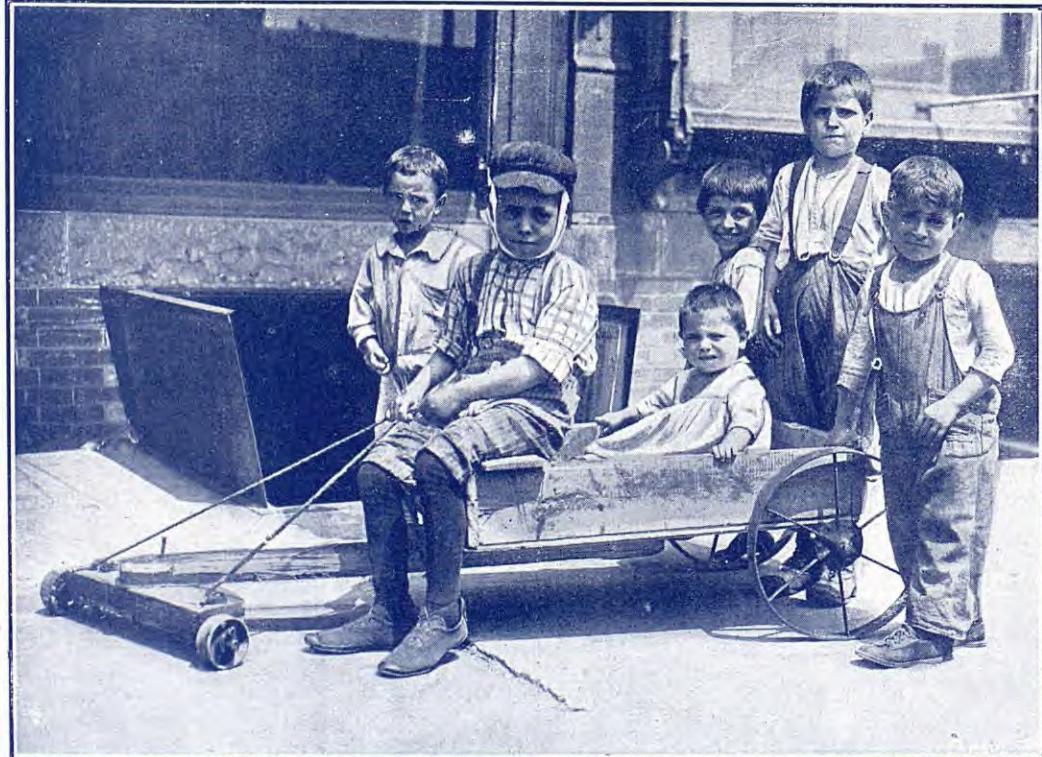
Y abrís los ojos y véis el otro desfile, digno de los lápices de Abel Faivre, de los doctores y operadores; veis las clínicas con sus armarios de cristal y sus niquelados objetos operatorios y las montañas blancas de algodón fenicado y las bodegas llenas de botellas de agua oxigenada que producen una detonación al abrirse, como las otras botellas de champaña de los felices y de los procreadores de carne gangrenada.

Todo inútil. Las filas de este ejército infantil de la parálisis aumentan cada vez más.

¿Qué hacer entonces? Hay que salvar la raza, hay que afirmar que el yanqui es el producto humano de la Naturaleza mejor constituido y organizado. Hay que defender á las clases elevadas y adineradas. Y se ha dicho que esta epidemia de la parálisis infantil no se da en los niños no-americanos. Procede de los hijos de italianos, judíos, rusos, alemanes y españoles refugiados en los barrios extremos. Se forman estadísticas demostrativas de que basta ser hijo de padres yanquis, y sobre todo de yanquis ricos, para estar inmune frente á la poliomielitis.

Lo malo es que los padres yanquis, sobre todo son ricos, no creen á los médicos y abandonan Nueva York rápidamente, en un éxodo que también parece de los siglos bárbaros ó por lo menos de aquellos de campesinos belgas ante el alud germánico, los primeros meses de la guerra.

Queda entonces la ciudad entregada á los niños extranjeros y pobres. Los yanquis ricos van á repúblicas hispano-americanas ó vienen á Europa. Y las repúblicas hispano-americanas, como las ciudades europeas, se alarman. Porque sus doctores no opinan lo mismo que los doctores yanquis y nunca faltan los que demuestran con ejemplos elocuentísimos, hasta qué punto son los hijos de los aristócratas, de los millonarios, de los bien instalados en la vida, los propicios á todas las decadencias y á todas las podredumbres fisiológicas...



Una terrible epidemia en Nueva York.—Niños de los suburbios neoyorkinos en los que causa terribles estragos la endémica parálisis infantil

JOSÉ FRANCES